

LA BATALLA CULTURAL — — DEL REINO



OSVALDO REBOLLEDA

LA BATALLA CULTURAL — [👑] DEL REINO —



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Escrito íntegramente en **Estados Unidos**.

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solamente ortográfica: **IA**

Diseño de portada: **EGE**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción	5
Capítulo uno:	
Posesión y Posición	12
Capítulo dos:	
Cultura Global	23
Capítulo tres:	
La Batalla cultural	35
Capítulo cuatro:	
Mentalidad para la Batalla cultural	49
Capítulo cinco:	
Víctimas o Reyes	64
Capítulo seis:	
Desinformación no es espiritualidad	80

Capítulo siete:

La Iglesia en la recta final.....94

Capítulo ocho:

Cultura y Reformas.....110

Reconocimientos.....125

Sobre el autor.....127



INTRODUCCIÓN

“Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos”.

Santiago 1:22

Mis muchos años de viajes y servicio ministerial me han enseñado algunas verdades desde una perspectiva mucho más amplia que la que pueden alcanzar la mayoría de los ministros del evangelio. Esto no lo menciono presumiendo alguna virtud en mí, ya que tal presunción sería totalmente absurda; lo manifiesto simplemente porque por ejemplo, la mayoría de los pastores permanecen en sus congregaciones, enfocados en su labor, mientras que yo visito diferentes ciudades y congregaciones de manera constante.

Esto me permite observar ciertas cosas con mayor amplitud, al menos en lo que respecta al cuerpo de Cristo en el mundo. Este amplio panorama es enriquecedor, pero también resulta doloroso, ya que uno descubre la verdadera condición de la Iglesia. Viajando mucho, no se evalúa solo el estado de una congregación, sino de la Iglesia en general, considerando aun los movimientos de nuestra generación.

Es doloroso para mí, porque mi tarea es la enseñanza y el asesoramiento pastoral, y veo que, aunque en algunos aspectos vamos bien, estamos atrasados varios años en la dimensión en la que deberíamos estar, en lo que respecta a

una verdadera mentalidad de Reino, a la espera de nuestro Señor.

Pero tranquilos, estar atrasados no significa estar fracasados. La Iglesia es un diseño divino y, conforme a todo lo que Dios ha determinado, cumplirá su propósito. Al final, las tinieblas no prevalecerán contra ella, y el Reino será definitivamente manifestado, llenando toda la tierra con la gloria del Señor. Mi ocupación no radica en las posibilidades finales, sino en cómo y quiénes seremos parte efectiva de esta gestión.

Este libro nació del deseo genuino de expresar por escrito lo que Dios está poniendo en mi espíritu respecto a cómo debe pensar y cómo debe manifestarse la Iglesia en esta generación tan complicada. Edificar a la Iglesia mediante la enseñanza es mucho más que erradicar los paradigmas del pecado; es alimentar una manera de pensar que condicionará, sin duda, nuestra forma de vivir la fe, afectando ámbitos de convivencia.

Este versículo de Santiago, con el cual comencé esta introducción, es la expresión de un mandamiento divino. Creo que en este tiempo debemos recuperar la pasión por la Palabra de Dios y extremar los cuidados para ponerla en práctica, porque, si no lo hacemos, estaremos engañándonos a nosotros mismos. Sin embargo, el tema principal no es el conocimiento teológico, sino cómo estamos interpretando las Escrituras para vivir bajo una verdadera mentalidad de

Reino, porque versículos sin revelación nos pueden colocar en la llanura de la inoperancia.

En las últimas décadas, la Iglesia ha logrado romper muchas estructuras de religiosidad, pero, como ha ocurrido históricamente en muchas ocasiones, pendulamos en el cambio y no logramos encontrar el equilibrio sin quedar atrapados en algún extremo. Expresar una cultura es mucho más profundo que adaptarse a las costumbres del sistema.

Recuperar el mensaje del Reino, y una genuina expresión del mismo, ciertamente nos compromete. Lamentablemente, muchos que dicen haber sido liberados de las estructuras religiosas, no han comprendido lo que realmente significa el Reino de Dios, y esto los coloca en una posición de alto riesgo. El Reino no es religión, pero, contrario a lo que muchos piensan, el Reino es el modo de vida con la más alta demanda espiritual de la cual podemos participar.

Al salir de las estructuras religiosas, muchos impulsaron el mensaje verdadero, pero con un enfoque humanista y oportunista, procurando atraer, conformar y, en ciertos casos, deformar a los cristianos. Esto ha producido una gran camada de evangélicos demandantes, pero poco efectivos en términos de productividad espiritual.

Cuando le quitamos al evangelio sus verdaderas demandas para no “presionar” a los creyentes y procurar que se sientan cómodos y complacidos, solo estamos

produciendo personas sin compromiso, que pretenden poner a Dios a su servicio, sin la intención de ponerse ellos al servicio de Dios.

Los comunicadores de este mensaje humanista solo están creando espejismos que ayudan a las personas a sentirse bien y permanecer en sus congregaciones, pero no les están diciendo toda la verdad. Los nuevos valores de la sociedad actual se centran en el consumismo y los intereses individuales, en un entorno cultural orientado al entretenimiento y dominado por la globalización. Esto no es algo inocuo a la hora de construir una Iglesia presente.

El mensaje motivador de fe, basado únicamente en el “*Dios te dará...*”, no es totalmente desacertado, pues todo viene de Su mano y Él es un Padre bueno que desea lo mejor para nosotros. Sin embargo, también debemos recordar que nuestro Padre es un Rey, que demanda que se cumpla Su voluntad con toda pasión y compromiso. Si no enseñamos esto, estaremos proclamando solo una media verdad. Y, tristemente, a muchos les encanta escuchar medias verdades, pues se sienten incómodos con el mensaje completo, que no solo subsidia deseos, sino que también exige productividad.

El subsidio es una forma de ayuda o apoyo en forma de dádiva que se extiende a ciertos sectores de la sociedad, con el objetivo de ayudar o suplir necesidades y, en algunos casos, de promover políticas sociales. Esto ha generado la cultura del reclamo permanente y la corrupción. En el Reino se puede recibir mucho por gracia, pero no hay un

intercambio de intereses en ello; Dios no negocia nada para consumir Su voluntad. La fe es la llave de acceso a las negociaciones del Reino y la productividad es fundamental. Esto también genera una cultura que debemos expresar.

El humanismo en esta generación posmoderna no es una moda ministerial, sino un espíritu que opera fuertemente en este siglo. Debemos detectarlo y combatirlo con las armas de la luz. Esto no implica dejar de hablar de bendición integral, sino encontrar el equilibrio adecuado para expresar el verdadero evangelio del Reino. Una cultura solo se puede combatir con otra cultura, y de eso se trata este material.

Cuando veo que el Señor nos está demandando algo y, en general, no estamos gestionándolo, no puedo evitar prever, con cierto temor, que podríamos sufrir una verdadera sacudida que nos despierte. Siempre digo que Dios no cancela planes, sino que espera generaciones para consumirlos; sin embargo, a nivel global, veo tantas presiones que considero urgente un despertar para adoptar la actitud necesaria ante los días venideros.

Deseo de corazón y trabajo arduamente para que despertemos y cambiemos antes de atravesar una crisis dolorosa. Lo primero que necesitamos para lograrlo es un cambio de mentalidad, y este libro nos ayudará a comprender por qué debemos pasar de una mentalidad de evangélicos subsidiados a una mentalidad de Reino.

Soy consciente de que muchos de mis lectores son personas comprometidas, consagradas y esforzadas, por lo cual mi perspectiva podría parecerles algo injusta o excesiva. Sin embargo, nadie debe tomar esta enseñanza como un agravio personal; recuerden que no utilizo mis enseñanzas para señalar a nadie en particular, sino para ayudar a todos los hijos de Dios, a comprender los cambios que debemos implementar en nuestra generación.

La cultura es el conjunto de rasgos que caracterizan a un grupo social o a una sociedad, y que incluye sus creencias, valores, comportamientos, costumbres, lenguaje, tradiciones, artes, letras, modos de vida, sistemas de valores, derechos humanos, herramientas y conocimiento. Esto es mucho más que congregarnos los domingos y orar un rato todas las mañanas.

Las liturgias y las disciplinas espirituales no son más que un reflejo de una subcultura. Nosotros somos una nación santa y debemos comprender nuestro alcance, mucho más amplio y más profundo que lo que hemos experimentado hasta el momento. Es tiempo de ir por más, porque los tiempos son malos, y créanme que, hoy más que nunca, es necesaria la manifestación de la unción que portamos.

“Estoy seguro de que los sufrimientos por los que ahora pasamos no son nada, si los comparamos con la gloriosa vida que Dios nos dará junto a él. El mundo entero espera impaciente que Dios muestre a todos que nosotros somos sus hijos. Pues todo el mundo está confundido, y no por su

culpa, sino porque Dios así lo decidió. Pero al mundo le queda todavía la esperanza de ser liberado de su destrucción. Tiene la esperanza de compartir la maravillosa libertad de los hijos de Dios”.

Romanos 8:18 al 21



Capítulo uno

POSESIÓN Y POSICIÓN

“Más vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable...”

1 Pedro 2:9

Si bien cada era en la historia de la humanidad ha sido especial y diferente, nosotros estamos viviendo tiempos extremos y verdaderamente contrastantes en comparación con los siglos pasados. Esto se debe a los avances tecnológicos de las últimas décadas y a los cambios que ha producido la globalización.

La cultura puede definirse como un tejido social que abarca las diversas formas y expresiones de una sociedad. Incluyendo las costumbres, prácticas, maneras de ser, rituales, tipos de vestimenta, normas de comportamiento, saberes, creencias, pautas de conducta y medios materiales. Es casi imposible que estos aspectos no influyan en nuestras vidas, incluso si hemos sido renacidos en Cristo.

El término cultura surgió para reconocer las cualidades elevadas de ciertas personas. Originalmente, la cultura representaba el depósito de conocimientos y costumbres adquiridos. Ser considerado culto era el resultado de un proceso educativo, comparable a lo que es la fructificación de lo sembrado previamente.

La cultura llegó a ser vista como una valiosa posesión, similar a un campo fértil en producción. Ser considerado culto se convirtió en un gran halago para quienes dedicaban tiempo y esfuerzo a cultivarse. De hecho, su etimología, proveniente del latín “*colere*” que significa: “cultivar”, refleja esta idea: la cultura es el fruto de lo que se ha sembrado. Sin embargo, esa siembra puede ser correcta o incorrecta, por lo que el halago podría convertirse en una simple diferenciación.

La cultura ha trascendido más allá de aquellos considerados como “cultivados” y ha impregnado a los pueblos mediante sus hábitos, costumbres, idiomas, arte en general o códigos morales, sean buenos o malos. En otras épocas, los llamados “incultos” son portadores de una cultura, aunque esta pudiera estar marcada por la ignorancia.

Cada pueblo o nación tiene su propia cultura. Nosotros, como hijos de Dios, somos ciudadanos de un Reino. Como escribió Pedro: “*Nación santa*”. Esto implica una posición más amplia que la de simples creyentes o miembros de una congregación evangélica. Somos una

nación y, como tal, deberíamos tener una cultura común, una esencia de vida que trascienda toda frontera natural.

La comunión espiritual establecida por Jesús para la Iglesia es mucho más trascendente que los lazos emocionales. La comunión, como unión común, debe estar regida por una esencia espiritual. Cultivar la unidad espiritual basada en los principios del Reino debería generar una cultura diferente, consistente y profunda.

La falta de comprensión de este concepto por parte del liderazgo ha dado lugar a una subcultura evangélica fluctuante y diversa. La religiosidad institucional ha generado un abanico de estructuras humanas que, en lugar de unirnos, han producido divisiones. En lugar de sembrar una cultura nacional y santa, hemos creado personas buenas pero sin identidad clara.

Así como existen tantas culturas como grupos sociales, también hay tantas subculturas evangélicas como congregaciones o denominaciones. Esto ha diluido absurdamente nuestra capacidad de resistencia frente a la cultura de estos tiempos. En lugar de haber adquirido una cultura suficientemente sólida para influir en el sistema, no hemos cultivado la resiliencia cultural necesaria para resistir las influencias negativas de este presente siglo malo.

A lo largo de la historia, la Iglesia se ha relacionado con la cultura del mundo de tres maneras diferentes. En primer lugar, mediante la separación. Esta postura surgió al

considerar que la cultura predominante era mala y que los cristianos debían rechazarla, pues somos “extranjeros y peregrinos” en este mundo (**1 Pedro 2:11**).

Sin embargo, esta postura separatista no consolidó nuestras diferencias en pos de algo mayor, sino que generó una subcultura evangélica fluctuante. Esta premisa de separación se fundamentó en la identificación del pecado en la conducta del mundo exterior, olvidando que el pecado nace en el corazón de cada ser humano. Así, el aislamiento no resolvió el problema de fondo.

Jesús nos mostró un camino completamente diferente. Él no se aisló del sistema ni se encerró en un claustro para mantenerse santo, sino que, afirmado en su naturaleza santa, penetró todos los ámbitos siendo siempre una influencia positiva y no influenciado por lo malo. Como nación santa, deberíamos resolver esta cuestión de una vez por todas.

Al evangelio entramos por regeneración, es decir, por la gracia de recibir una vida nueva. Esto implica una nueva naturaleza espiritual y santa. La vida de Cristo no se produce a través de determinados comportamientos, sino que se recibe por la gracia del Padre. En otras palabras, la santidad no es el resultado del buen comportamiento, sino la esencia de una naturaleza que simplemente produce frutos.

Cuando comprendemos que la santidad es lo que somos y no lo que hacemos, dejamos de temer contaminarnos. Esta falta de temor al pecado no implica

descuido, indiferencia o ignorancia, sino que es una revelación de nuestra identidad, la cual nos hace eficaces. La seguridad de quiénes somos en Cristo no elimina los cuidados; al contrario, los selecciona con discernimiento en lugar de generalizarlos por sospecha.

Al operar bajo la unción del Espíritu y mantener una profunda comunión espiritual, no necesitamos aislarnos. En cambio, podemos penetrar cualquier ámbito, influyendo en lugar de ser influenciados. Esto nos permitirá comunicar efectivamente el evangelio del Reino.

“Y será predicado este evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin.”

Mateo 24:14

Si en lugar de escondernos entre cuatro paredes asumimos la responsabilidad de enfrentar los desafíos, debemos reconocer que existe una clara tensión entre la cultura del Reino y la cultura de las tinieblas. La cultura del mundo puede ser espiritualmente perversa, pero la vida del Reino puede resistir sus influencias. Para ello, debemos reconocernos como ajenos a este sistema y emplear nuestras capacidades espirituales.

Podemos, además, considerar el enriquecimiento mutuo. La cultura del mundo y la del Reino poseen muchas riquezas genuinas. Sin embargo, lo espiritual no puede

mezclarse de ninguna manera. No hay riqueza espiritual alguna en una cultura pagana, idólatra o diabólica.

Podemos compartir las riquezas del arte, la pintura, la escultura, la literatura, la música, el teatro o el cine, pero identificar los aspectos espirituales es esencial. Aquello que se identifica pierde su peligro, porque la luz cierra todo acceso del mal a nuestras vidas. No obstante, debemos ser cuidadosos: no podemos considerar inocente lo que no hemos identificado correctamente. La falta de discernimiento espiritual está causando mucho daño en la Iglesia actual.

En muchos casos, se ha planteado la posibilidad de la asimilación cultural, es decir, aceptar la cultura predominante bajo la premisa de que puede ser básicamente buena. Algunos creen que este enfoque favorece la comunicación y cooperación entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas, permitiendo que el evangelio sea compartido y aceptado en diversos contextos. Sin embargo, esto es equivalente a “colar el mosquito y tragarse el camello”.

Reconocer la riqueza cultural no implica una comunión indiscriminada con cualquier propósito. Todos los seres humanos poseen riquezas, y no todo debe ser considerado diabólico. No debemos tener miedo, pero sí cuidado: no todo vale, no todo sirve y no todo es permitido. Vivir el Reino implica depender de la dirección y guía constante del Espíritu Santo.

Por otro lado, intentar imponer una cultura superior que no solo resista a la cultura imperante, sino que la sustituya completamente mediante influencia espiritual, es una utopía. No estamos llamados a competir, mucho menos con aquello que no comprendemos del todo. En lugar de eso, debemos manifestar nuestra esencia. Una identidad bien cultivada producirá su propio efecto.

La cultura es demasiado amplia como para definir una competencia directa. La batalla cultural que debemos librar no consiste en vencer las culturas terrenales, sino en manifestar con firmeza y efectividad la esencia del Reino hasta lo último de la tierra. Jesucristo no intentó vencer al Imperio Romano ni su cultura. En cambio, dejó un precedente tan profundo, una huella tan clara, que más de dos mil años después, nadie ha podido borrarla.

Ese es el éxito de una verdadera batalla cultural. Juan anunció el Reino, Jesús lo estableció y lo manifestó en Su tiempo. Su impacto fue tal que la historia no ha hecho más que recordarlo, estudiarlo, analizarlo y admirarlo. La batalla cultural del Reino no es intelectual ni violenta; es sabia, espiritual y divina. Sin duda, tenemos un gran desafío por delante.

El profeta Daniel nos habló de los tiempos venideros como los pies de la estatua soñada por Nabucodonosor: mitad de hierro y mitad de barro. Esto simboliza fuerzas despiadadas como las de Roma, combinadas con el humanismo en su máxima expresión. La Iglesia necesitará

una firmeza única, producida por la unción del Espíritu, no por su teología.

La cultura del Reino es la expresión de la esencia divina, impulsada por la revelación de la verdad. No se sostendrá mediante discusiones teológicas respaldadas por conductas vanas, sino por la unción que produce fruto. Será el poder de la Luz, la influencia de la Sal, la justicia de los santos, la paz sobrenatural y el gozo inquebrantable del Espíritu.

No pretendo analizar la cultura imperante para calcular cuál sería la mejor manera de actuar frente a ella. Más bien, propongo que nos enfoquemos en conocer la cultura del Reino, permitiendo que los principios y valores establecidos por Cristo sean sembrados en nosotros, para que el mundo pueda creer.

Por supuesto, analizaré la cultura que el mundo abraza hoy, porque esto nos dará un panorama claro sobre el contraste que debemos manifestar en Cristo. Sin embargo, al hablar de enfocarnos en la cultura del Reino, no sugiero ignorar el mundo que nos rodea, sino priorizar el desarrollo de aquello que Dios está sembrando en nuestros corazones.

Si observamos objetivamente este contraste, veremos claramente que la manifestación diabólica es hoy más fuerte que nunca. Debemos reconocer el avance que ha tenido la cultura en la construcción de una plataforma para el Nuevo Orden Mundial (NOM) y su perversa agenda globalista.

Sin embargo, tampoco ignoramos que esa misma plataforma será el preludio de la gloriosa venida de nuestro Señor Jesucristo. La Iglesia debe esperar con gozo y expectativa el regreso de su amado Rey, pero no escondida ni atemorizada. Debemos avanzar en el Reino de Dios, demostrando que lo que el Padre ha sembrado en nuestros corazones no puede ser desarraigado, ni siquiera por la persecución más feroz.

La batalla cultural del Reino es clave para esta resistencia. Aunque enfrentemos gran oposición, como ocurre en algunos lugares del mundo y probablemente sucederá a mayor escala, debemos expresar con firmeza la esencia del gobierno bajo el cual vivimos. Para ello, es imprescindible estar afianzados en nuestras convicciones.

El arma más poderosa que utiliza Satanás como príncipe de este mundo es una cultura perversa que siembra el mal en los corazones. Por eso, como Iglesia y como hijos del Reino, debemos extender una cultura distinta, una cultura que no pertenece a este mundo, para sembrarnos como dijo el Señor:

“El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del Reino, y la cizaña son los hijos del maligno. El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del siglo; y los segadores son los ángeles. De manera que, como se arranca la cizaña y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo.”

Mateo 13:37 al 40

Los hijos del Reino debemos sembrarnos en las naciones de la tierra. Aunque parezca difícil, sabemos que al final venceremos, porque el Reino se expande por la vida misma. La batalla que enfrentamos es verdad contra mentira, luz contra tinieblas, bendición contra maldición, vida contra muerte.

Jesús afirmó que las puertas del Hades no prevalecerán contra la Iglesia (**Mateo 16:18**). Esto nos da la seguridad de que, aunque la cultura de algunas civilizaciones haya trascendido el tiempo, nuestra cultura del Reino es eterna y, por ende, permanecerá. Solo necesitamos identificarla, desarrollarla y manifestarla con libertad.

Lo que Jesús nos dejó es mucho más poderoso de lo que hemos comprendido. Sé que quienes leen estas palabras o escuchan mis enseñanzas tienen el anhelo de alcanzar todo lo que Dios tiene para ellos. La reforma de estos últimos tiempos nos ayudará a descubrir los diseños originales del Reino. Jesús dijo:

“El que da vida eterna es el Espíritu de Dios; ninguna persona puede dar esa vida. Las palabras que le he dicho vienen del Espíritu que da esa vida.”

Juan 6:63 (TLA)

El Reino es vida, no religión. Por eso, no podemos acceder a él sin nacer de nuevo (**Juan 3:3 al 5**). Una vez que entramos por gracia, esa vida debe desarrollarse a través de la verdad revelada por el Espíritu. Solo la vida produce luz,

y solo la luz verdadera nos permitirá comprender los alcances de la cultura del Reino. Es entonces cuando podremos pensar en una batalla efectiva.

La tarea de la Iglesia es hacer visible el Reino invisible. Esto se logra al dar testimonio de la verdad eterna del gobierno de Cristo en nuestras familias, relaciones, estudios, trabajos, e incluso en nuestros bienes materiales. Dios, en Cristo, es Rey sobre todas las áreas de la vida.

La única manera en que el Reino de Dios se manifestará antes de la segunda venida de Cristo es si vivimos como ciudadanos del cielo y súbditos del Rey. Mientras tanto, hasta que llegue el gran enfrentamiento final, tenemos otra batalla que librar: la de permanecer fieles, expresando la cultura de nuestra nación celestial.

Debemos comprender la magnitud de nuestra posesión en Cristo y posicionarnos para ejercer autoridad mediante la verdad y la vida. Estoy convencido de que se avecinan tiempos peligrosos, pero también gloriosos. Espero que muchos hermanos en distintas partes del mundo comprendan mi clamor y la intención de esta enseñanza.

“Y la soberanía, el dominio y la grandeza de todos los reinos debajo de todo el cielo serán entregados al pueblo de los santos del Altísimo. Su reino será un reino eterno, y todos los dominios le servirán y le obedecerán”

Daniel 7:27 LBLA

Capítulo dos

CULTURA GLOBAL

“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”

Romanos 12:2

Como hemos visto, la palabra cultura está relacionada con aquello que se siembra y produce fruto, ya sea en semillas naturales, en las personas de un lugar determinado, en la fe de algunos corazones, o en cualquier forma de educación. Por eso, es fundamental comprender qué es lo que está sembrando el enemigo en el mundo, y qué es lo que está sembrando Dios en nosotros, para que demos fruto en abundancia.

En el debate cotidiano, el término cultura suele asociarse al arte, y está bien, pero eso no es todo. Aunque el arte manifiesta claramente lo sembrado en el corazón de las personas, aquí reflexionaré sobre un sentido más amplio de la cultura: una compleja red de valores y expectativas

sociales, religiosas y políticas que configuran el clima espiritual que vivimos hoy.

La cultura es, esencialmente, de naturaleza subjetiva. Sin embargo, veremos cómo su expresión multiforme es fruto de la esencia interior del ser humano. La cultura está estrechamente vinculada al sentido de identidad de cada persona y, a su vez, a la identidad nacional. Cada nación comparte una herencia cultural común, pero hoy, debido a la globalización, la cultura trasciende las fronteras nacionales, creando una esencia común que abarca todo el mundo.

Las ideologías políticas y otros aspectos culturales están atravesando fronteras, lo que hace que la política cultural sea particularmente compleja. Las culturas nacionales y sus identidades no pueden permanecer fijas ni estáticas, especialmente en contextos abiertos a la inmigración. En esta era de globalización, la cultura ya no tiene fronteras.

Hoy en día, podemos saber cómo comen, viven y piensan las personas al otro lado del mundo. Un cambio político o financiero en una nación puede desencadenar efectos en muchas otras naciones, sacudiendo los mercados internacionales. Podemos presenciar en vivo eventos deportivos o artísticos que ocurren a miles de kilómetros de distancia. Las noticias llegan en cuestión de segundos, y un pequeño virus en China puede provocar una pandemia mundial en pocos días. Sin duda, las comunicaciones y los avances en transporte han unido al mundo como nunca antes.

En mi libro titulado Cultura de Reino, analicé desde una perspectiva bíblica el desarrollo de diversas culturas: la del Edén, la del campo, la de Babel, la de Ur, la de Egipto, la del desierto, la del enemigo y la cultura religiosa, que tanto nos ha limitado. En este texto no pretendo profundizar nuevamente en esos conceptos, pero les invito a que podamos sumergirnos en algunos aspectos del panorama cultural actual y la posición de la Iglesia.

En este libro, mi intención no es analizar en detalle los aspectos individuales, familiares o nacionales de la cultura, sino centrarme en el trasfondo espiritual que yace tras las costumbres y maneras de pensar manifestadas hoy en el mundo. Es ahí donde se libra nuestra batalla: en la gran confrontación espiritual que enfrentamos, aunque mi llamado es a producir cambios desde las bases.

Las costumbres se han convertido en enemigas de la vida del Reino. Nosotros pertenecemos a Dios por diseño divino, no al mundo. Vivimos inmersos en una cultura social, acostumbrados a ella desde nuestro nacimiento. Habitamos hogares familiares con su propio desarrollo cultural, basado en distintas perspectivas de vida. Sin embargo, nuestra esencia interior cambió cuando recibimos a Cristo, y ese es el choque cultural que debemos entender.

La mayoría de nosotros fuimos educados en una cultura de pecado, que negaba la fe, rechazaba los milagros, idolatraba al hombre, divinizaba la ciencia y buscaba borrar a Dios. Por supuesto, quienes crecieron en un hogar

verdaderamente cristiano son bienaventurados y podrán leer esto como una experiencia ajena, pero en los casos como el mío esto es muy notorio y clarificador.

Dentro de esta cultura de pecado que nos rodeó desde la infancia, también hubo cosas aparentemente buenas desde un punto de vista humano. Sin embargo, muchas de esas cosas también negaban a Dios. Y todo lo que niega a Dios y Su voluntad, por más bueno que parezca, está fuera de Su Reino. Lamentablemente, esta condición ha empeorado con el tiempo, lo que debe encender nuestras alarmas.

Hoy podemos analizar la condición de la cultura global dentro de la era que nos envuelve, denominada recientemente como la Posmodernidad. Este término se ha utilizado para describir una amplia variedad de movimientos sociales, artísticos, literarios y filosóficos que surgieron desde finales del siglo pasado hasta el presente. La Posmodernidad se define, en gran medida, por su oposición o superación de las tendencias propias de la Modernidad.

Ahora bien, los tiempos han cambiado tan rápidamente que incluso nuevas definiciones han surgido para calificar al tiempo presente. Definiciones como el “Metamodernismo”, un término que se refiere a la filosofía y la visión de la vida en la era digitalizada, posindustrial y global. El “Pospostmodernismo” que es un término que se aplica a la evolución de la teoría crítica, la filosofía, la arquitectura, el arte, la literatura y la cultura que reaccionan ante el posmodernismo, y la “Transmodernidad”, que es un

paradigma que sintetiza elementos modernos, posmodernos y regresiones premodernas.

En este tiempo tan especial, la globalización y la aparición de internet han marcado una ruptura significativa en la vida de las personas y en los negocios. Aunque se supone que los avances tecnológicos llegaron para facilitarnos la vida, en ciertos aspectos han destruido paradigmas básicos de convivencia necesarios para un sano desarrollo familiar. Esto ha generado una desorientación masiva, aunque muchos intenten disimularlo.

Estamos más conectados a las redes que nunca, pero menos comunicados de manera auténtica. Hoy predominan la superficialidad, la apariencia y la mentira. Es común ver a familias enteras, cada uno de sus miembros, inmersos en sus móviles, conectados con alguien más o publicando en redes sociales, pero sin dialogar entre sí.

El hombre posmoderno se caracteriza por la falta de objetivos claros, la desilusión ante la vida misma y un alejamiento de la esperanza en un progreso que parece incierto. Se ha entregado al consumo instantáneo como forma de placer y satisfacción. Los ideales colectivos o nacionales que marcaron épocas pasadas han desaparecido. Hoy, pocos estarían dispuestos a morir por un ideal que los trascienda; la consigna parece ser: “La vida es una sola, hay que vivirla con intensidad”. Sin embargo, esa supuesta intensidad es inalcanzable.

Todos desean tener, pero nadie encuentra verdadera satisfacción en ello. Incluso quienes han alcanzado fama, riqueza o abundancia saben que eso no es suficiente, aunque no lo admitan públicamente han llegado a descubrir que nada satisface plenamente sus corazones. Aun así, estos prefieren mantener el espejismo para alimentar sus egos y proyectar la imagen de exitosos, o al menos, de haber logrado lo que todos anhelan.

Los medios de comunicación, especialmente las redes sociales, son los principales transmisores de la cultura. Sin embargo, carecen de un enfoque claro. Mezclan la realidad con fantasías absurdas, confundiendo a muchos. No existen parámetros ni asombro. Hoy puede triunfar algo banal mientras fracasa lo profundamente valioso. La línea entre lo verdadero y lo falso, entre lo valioso y lo meramente exitoso, es cada vez más difusa.

La sociedad vive obsesionada con el presente, enfocada en la apariencia física más que en el intelecto. Los proyectos a largo plazo se consideran inviables, y la idea de trascender la vida personal carece de interés. Es la época de la innovación constante, donde lo nuevo se vuelve viejo en un instante. Lo mejor “ya salió”, aunque aún no lo tengamos.

En este contexto globalizado, han desaparecido tanto los sueños futuristas como la fascinación por el futuro. La gente solo vive para el presente; el mañana se percibe incierto y desesperanzador. Por eso, los jóvenes no proyectan grandes familias ni logros significativos; se limitan a “quemar sus

días” en disfrutes pasajeros, tal como si el mañana no propusiera nada esperanzador.

Además, el interés por el pasado y el conocimiento histórico ha disminuido, especialmente entre los jóvenes. Los mayores de cincuenta años aún intentan rescatar lecciones del pasado, aunque no está claro si esos ejemplos tienen relevancia en un mundo tan distinto, pero al menos, son los únicos valores dignos que intentamos abrazar.

El foco de atención está en el presente y en los resultados inmediatos. Poco importa la cultura que pueda trascender generaciones. La lógica prevaleciente es: “Si no me hace popular o rentable hoy, no sirve”. El éxito instantáneo es el único objetivo, sin importar su durabilidad. El pragmatismo le ha robado el gobierno a lo verdaderamente valioso.

Sin duda, esta era de globalización e hiper-tecnología se caracteriza por una falta de enfoque en el sentido tradicional. Las formas predominan sobre el contenido, y el canal del mensaje importa más que su significado. El pragmatismo reina, si algo es práctico, es bueno, aunque pocos reflexionen sobre los costos futuros.

La pureza, en un sentido amplio, ha sido reemplazada por lo híbrido y lo efímero. La lógica se presenta como una sombra de sí misma, transformada en algo que ya no es lo que fue. La cultura popular ha desplazado al conocimiento

académico y científico. Incluso lo natural y lógico se redefine como meras construcciones psicológicas.

En esta época, los valores morales, las prácticas religiosas y la espiritualidad han perdido relevancia. Todo se percibe como relativo. Para muchos, no existen verdades absolutas; todo es objeto de sospecha, crítica y burla. El hombre posmoderno se inclina hacia el pluralismo, la diversidad y la satisfacción inmediata. El disfrute se ha convertido en el éxito máximo de la vida, mientras que la fe milenaria es vista como sinónimo de atraso o ingenuidad.

Hoy todo es relativo, incluida la fe. Se asume que cada quien puede construir su propia realidad. Los jóvenes consideran que la verdad es subjetiva: lo que alguien crea es suficiente y nadie puede cuestionarlo. En realidad, podríamos decir que hoy más que nunca, está presente el fruto prohibido del huerto.

Además, se desconfía de la verdad y la lógica, como únicas herramientas para la toma de decisiones. Por eso, se privilegian las emociones, la intuición y la inteligencia emocional, aceptando incluso lo absurdo bajo el argumento de no violentar los derechos individuales.

La filosofía del pasado como guía del pensamiento sabio, se ha transformado en razonamientos vanos. Nadie moriría hoy por una ideología. El absoluto ha cedido paso a la convivencia de múltiples puntos de vista, incluso contradictorios. Aunque esto pueda parecer aceptable para la

convivencia cotidiana, representa un desafío para la historia y, sobre todo, para la fe cristiana, que enfrenta el peligro de ser relegada por un mundo distraído y relativista.

Hoy se valora la naturaleza y se promueve el cuidado del medio ambiente. Sin embargo, se está destruyendo el planeta más que nunca. Cuando yo era un niño, no se hablaba de salvar a las especies en peligro, y hoy sí. Eso es muy bueno, pero no solo hay más especies en riesgo que nunca antes, sino que, al mismo tiempo, se pide a gritos el aborto libre y gratuito. Yo diría que estamos viviendo la paranoia de un proteccionismo ecológico destructivo.

Cuando yo era un niño, nadie hablaba de comida naturista; hoy sí, pero se consumen más aditivos, colorantes y condimentos artificiales que nunca. Es más, debo remontarme a los tiempos de mis abuelos para encontrar el mejor ejemplo de sana alimentación. Hoy, un tomate de quinta, como los que comíamos de la huerta de los abuelos, es un tesoro que no cualquiera tiene el privilegio de degustar.

Cuando yo era apenas un niño, no se hablaba del calentamiento global, pero podíamos estar todo el día al sol sin calcinarnos. Recuerdo que no solo podíamos pasar el día entero en la playa, sino que además nos poníamos cremas bronceadoras y aceites para tomar color en la piel. Esto es curioso, porque hoy dicen trabajar contra el calentamiento global, pero hasta la naturaleza parece estar calcinándose.

En mí niñez, tampoco había la tecnología de hoy, y como niños, no tuvimos la oportunidad de aprender a manejar los aparatos modernos. Sin embargo, es claro que desarrollábamos la creatividad, el ingenio, y podíamos jugar todo el día con un palo, unas latas y unas piedras. Hoy, con todo lo que tienen los niños, dicen que se aburren, son hiperactivos y, en muchos casos, ya están medicados.

Es extraño observarlos: son genios con la tecnología, y los padres se enorgullecen de lo rápido que aprenden a manejar un móvil. Sin embargo, no saben leer un texto de corrido, no comprenden las matemáticas y no les importa la historia. Desprecian los libros de papel diciendo que deben desaparecer, pero tampoco se esfuerzan por leer los materiales digitales.

Esta decadencia no es inocente. Las editoriales saben que hay un gran desinterés por la verdadera literatura, y si algunos mayores permiten la supervivencia de la literatura, prefieren extender contratos a escritores que publiquen varias novelas superficiales al año. La idea es producir obras de entretenimiento sin gran contenido literario, pues el único interés es la lectura rápida y, por supuesto, el flujo de ganancias.

Supuestamente, el ser humano de esta generación es más inteligente que los de generaciones pasadas, y puede que lo sea. Sin embargo, antes no se vivía en jaulas como ahora; no había tanta inseguridad ni violencia. Algunos critican a las generaciones pasadas por su machismo o estructuras

patriarcales, pero ahora, que supuestamente eso está cambiando, hay mucha más violencia doméstica. Antes había familias con roles definidos; hoy ya no se sabe quién es quién. Dicen que es mucho mejor y más honesto mostrar las realidades, pero la verdad es que se están destruyendo los valores de familia.

Alguien me dijo hace poco: “Es mejor lo de ahora, porque antes los matrimonios permanecían juntos sin amarse. Lo hacían por los hijos o por lo que diría la gente. Ahora, simplemente se separan, y listo. Esto es mucho mejor”. Puedo respetar sus razones, pero yo veo que la mayoría de los matrimonios en conflicto, en lugar de esforzarse por resolver sus problemas, lo que hacen es destruir todo rápidamente. Es decir, creen que si no funciona, simplemente no sirve, lo rompen y listo. No quieren invertir tiempo y esfuerzo en restaurar nada.

La tecnología de hoy ha permitido un extraordinario desarrollo de los medios de transporte y comunicación, así como la practicidad de todo trámite virtual, para que sea rápido y efectivo. Se supone que deberíamos tener más tiempo, pero es al revés. Antes había más tiempo libre, vacaciones sin estrés, veranos duraderos, naturaleza sana y principios de honra. Ahora, hay cada vez más psicólogos.

Tampoco pretendo decir que todo era perfecto antes, pero tengo la sensación de que había mayor criterio de juicio, porque al menos existía una búsqueda incesante de la verdad y la libertad. Hoy, ya no hay necesidad de buscarlas: todos

creen poseerlas. Todos piensan que portan la verdad y que son libres para ser o hacer lo que desean. Sin embargo, la cautividad actual no tiene precedentes.

Sin duda, la cultura actual no es fácil de penetrar con el evangelio del Reino. Sin embargo, tampoco es lo suficientemente fuerte como para contrarrestarlo, a menos que solo presentemos un mensaje, pero como expresé anteriormente, el Reino es mucho más que un mensaje o una idea; el Reino es Cristo, y no puede ser detenido.

No pudieron la más recia Inquisición, ni las dictaduras, ni los encarcelamientos, ni las torturas, ni las persecuciones, ni las muertes. Tampoco podrá una flaca cultura carente de identidad. Lo que debemos hacer es asegurarnos de comprender los verdaderos alcances del Reino.

“Desde que Juan el Bautista comenzó a predicar hasta ahora, el reino de Dios avanza a pesar de sus enemigos. Sólo la gente valiente y decidida logra formar parte de él”

Mateo 11:12 VLS.



Capítulo tres

LA BATALLA CULTURAL

*“La luz alumbra en la oscuridad,
¡Nada puede destruirla!”*

Juan 1:5 V.L.S.

Los cambios actuales son tan vertiginosos que la sociedad en la que nacemos no es la misma en la que moriremos. Históricamente, esto no tiene precedente alguno. Durante milenios, las personas nacían y morían en un mundo sin cambios fundamentales. Claro que existían realidades sociales, crisis, guerras, plagas y situaciones similares que sacudían la vida de muchos. Sin embargo, no me refiero a eso, sino a los cambios generados por los avances del conocimiento y la cultura en general.

Por ejemplo, durante milenios, las personas nacían trasladándose a caballo y morían trasladándose a caballo. Nosotros, en cambio, hemos pasado del caballo a las naves espaciales. Esto es muy difícil de asimilar para una misma generación. Cuando yo era niño, no existían las computadoras, ni la telefonía celular, ni las televisiones a color. Los vehículos eran rudimentarios y el confort de vida

dejaba mucho que desear. Sin embargo, sin haber llegado aún a los sesenta años, he presenciado una transformación radical de todo eso.

Las primeras películas de ciencia ficción buscaban exagerar el mañana de forma fantástica, pero la realidad ha superado con creces esa fantasía. Los cambios han sido tan profundos que esas películas hoy solo provocan gracia o, en algunos casos, pena. Todo lo que pudieron imaginar en el pasado no alcanza ni para ser una sombra de lo que vivimos hoy.

Nada de esto es casual. La Iglesia, que durante siglos predicó y se expresó de la misma manera, se enfrenta ahora a un mundo tan volátil que no sabe cómo interpretarlo, cómo comunicarse ni cómo manejar los cambios que ocurren año tras año. Durante siglos avanzamos a pie; hoy parece que vamos en un vehículo de Fórmula Uno. Apenas entendemos una curva, y ya tenemos otra por delante.

La batalla cultural que enfrentamos no se libra con arcos y flechas, sino con armas tecnológicas. Si no reaccionamos con rapidez, fracasaremos. Los cristianos hemos sido malos administradores del tiempo. Todo nos exige demasiado. En la actualidad, si no reaccionamos, perdemos posicionamiento; no hay tiempo para debates inútiles sobre ciertos temas.

No es que no podamos adaptarnos, sino que estamos mal acostumbrados. Jesús vivió en una época de lentitud

social, pero Él fue un maestro de la velocidad. Nadie podía seguirle ni entenderle porque operaba de manera opuesta. En tiempos de burros, Él sí se movía como un piloto de Fórmula Uno. Cuando algunos empezaron a comprenderlo, ya se había ido de la tierra.

Jesús vivió treinta y tres años, pero tuvo que esperar hasta los treinta para comenzar su ministerio público. En tan solo tres años venció al diablo, formó discípulos, manifestó el Reino, realizó milagros y señales, enseñó lo suficiente como para que millones de libros interpreten sus palabras, glorificó al Padre, redimió a la humanidad, venció a la muerte, rescató a los cautivos, fundó la Iglesia, la comisionó y ascendió al Trono para gobernar con todo poder, autoridad y señorío conquistado.

Mientras tanto, algunos de sus familiares analizaban su comportamiento, algunos religiosos lo cuestionaban sin comprenderle, algunos discípulos dudaron de Él y lo abandonaron, otros lo alabaron y luego gritaron: **“¡Crucifiquenlo!”**. Algunos le siguieron fielmente, pero traicionaron su compromiso con Él. Al final, cuando todos estaban desorientados tratando de interpretar su vertiginoso paso, Él ya no estaba físicamente presente.

Han pasado más de dos mil años, y Él ha enviado a Su Espíritu Santo para convencernos de nuestro mal, y otorgarnos vida y luz para entender. Aun así, lo que Él logró en tres años, lo llevamos analizando más de dos mil, y

todavía descubrimos riquezas que llamamos revelaciones. ¿No da la sensación de que vamos algo lentos?

Con esto quiero decir que la cultura de la sociedad actual cambia vertiginosamente, pero la esencia de nuestro Señor es infinitamente superior. Nosotros todavía debemos asimilar esa esencia, porque si queremos enfrentar una batalla cultural tan cambiante, necesitamos despertar y actuar con rapidez.

Es cierto que hasta ahora no lo hemos hecho de esta manera, pero nuestra esperanza está en el Espíritu de nuestro Señor. Nadie ha sido, ni será tan rápido y efectivo como Él. Nosotros tenemos Su esencia y debemos aprender a operar en esa dimensión. Esa es nuestra única esperanza, y es bueno reconocer nuestra incapacidad, porque ello fomenta la dependencia que tanto necesitamos.

Como señalé en el capítulo anterior, ese aceleramiento de la sociedad actual no se debe a su propia capacidad. Esto ocurre involuntariamente: algo cambió en el mundo espiritual y Dios permitió este aceleramiento global. La sociedad, en general, está confundida porque no comprende cómo asimilar los constantes y permanentes cambios, pero nosotros como Iglesia debemos reaccionar con sabiduría.

Los ancianos intentaron ignorar los primeros cambios contundentes, pensando que eran cosa de jóvenes. Sin embargo, pronto se dieron cuenta de que debían asumir un rol más activo o quedarían al margen de toda expresión e

interacción con los demás. Así, se vieron obligados a aceptar la tecnología, aunque les resultara complejo adaptarse o aprender a una edad avanzada. No tardaron muchos años en comprender esa necesidad, pero la velocidad de los cambios los relegó peligrosamente. Por eso, todavía vemos a nietos enseñando a sus abuelos a usar dispositivos electrónicos.

Este fenómeno también provocó un desbalance en la mentalidad de los jóvenes. En lugar de valorar la sabiduría de vida que podrían recibir de los ancianos, asumieron que si estos no entendían de tecnología, tampoco tenían nada que enseñarles sobre la vida. Por su parte, los ancianos, al sentirse incapaces de comprender la tecnología con la facilidad de los jóvenes, optaron por guardar silencio, en algunos casos con cierta vergüenza.

Los de mediana edad no nos resistimos al cambio, pero, acostumbrados a otros ritmos, pensábamos que todo sucedería más lentamente. Comprábamos dispositivos electrónicos con la idea de usarlos durante varios años, como hacían nuestros padres, pero descubrimos que el mercado estaba diseñado con un plan cortoplacista para fomentar el consumo: cada año aparecían nuevos modelos que dejaban obsoletos a los anteriores, y esto se ha acelerado mucho más.

Estos cambios, no solo tecnológicos, atravesaron todos los patrones familiares, laborales y comunitarios. Esto nos desorientó; algunos se aferraron a no cambiar, y de pronto parecieron más viejos de lo que realmente eran, mientras que otros experimentaron un rejuvenecimiento en sus

costumbres, vestimenta y conductas que incluso los ha dejado medio desubicados.

El supuesto empoderamiento de la mujer, los roles invertidos y la facilidad con la que se disuelven los matrimonios desorientaron a muchos hombres. Esto derivó en el fenómeno de la "adullescencia", un término que describe la prolongación de la adolescencia en algunos hombres y la dificultad para asumir la vida adulta. Quienes padecen esta situación no aceptan el paso del tiempo: se visten como adolescentes, son consumistas, dedican gran parte de su tiempo a los videojuegos y evitan casarse o asumir su rol como padres de familia.

Los numerosos divorcios actuales, han impactado profundamente en los hombres. Mientras las mujeres descubrieron que podían salir adelante sin depender económicamente de ellos, los hombres se dieron cuenta de que no eran tan necesarios como creían. Los hijos, por su parte, han sufrido y siguen sufriendo la desintegración familiar, y el desafío de adaptarse a las nuevas parejas de sus padres, así como a sus hermanastros y a sus nuevos hogares.

Los niños, como era de esperar, asumen estos cambios como algo normal. Sin embargo, lo que hoy consideran normal sería absolutamente anormal hace apenas unos años. Las ideas, deseos y construcciones sexuales que pretenden inculcar algunos promotores del cambio, están produciendo una generación desorientada, aunque con una falsa seguridad en sí misma. Una combinación perfecta para el caos.

Hay mucho más que se podría decir sobre esto, porque son innumerables los detalles que podemos observar en lo que ocurre a nuestro alrededor. Pero incluso este breve análisis basta, para darnos cuenta de que estamos en arenas movedizas. Los cimientos de la sociedad, construidos durante siglos, se han hundido, y las columnas formadas por valores fundamentales están completamente quebradas.

En medio de este panorama, la Iglesia tambalea entre lo que fue y lo que quiere ser. Pretende mantener la influencia de la Iglesia pionera, pero no comprende cómo abordar la sociedad y la cultura actuales. Algunos ministros se han aferrado a lo que llaman “la sana doctrina” o “la vieja escuela”, pero observan cómo sus congregaciones poco a poco se desintegran, y esto, sin saber cómo reaccionar. Están asustados, pero no quieren oír y se oponen nerviosamente a todo lo que sea diferente.

Otros optaron por cambiar, pero muchos lo hicieron sin comprender los cambios que intentaban abrazar. Esto ha generado superficialidad e inconsistencia, lo que dio lugar a falsos nombramientos, conceptos erróneos, falsas unciones, ideas equivocadas y enseñanzas distorsionadas. Además, la gente rompió los límites, consumiendo contenido indiscriminadamente en internet, lo que ha generado una diversidad de conceptos difíciles de manejar.

Si no fuera porque la Iglesia es un diseño divino y porque el Señor siempre tiene el control, diría que la causa está perdida. Sin embargo, tengo fe y esperanza, porque veo

que estamos cada vez más cerca del final, que los cambios no desaceleran, y que seguramente el Señor está por hacer algo contundente con Su Iglesia.

En este mundo actual, los cambios encuentran cada vez menos resistencia, porque se han normalizado. Las innovaciones tecnológicas constituyen el motor de las economías, y su difusión es inmediata y global. Ya nadie puede detener este tren de carga que parece a punto de descarrilar.

¿Es posible que esta sociedad descarrile? Claro que sí. De hecho creo que lo hará. Primero, porque está creciendo demasiado rápido y sin fundamentos sólidos. Y, en segundo lugar, porque una crisis global de grandes dimensiones es necesaria para dar lugar al pretendido Nuevo Orden Mundial, que no es más, que el caldo de cultivo para la manifestación del anticristo.

Estas cosas deben suceder porque ya están escritas, y la Iglesia no debería ignorarlas. Preparar las valijas no es el plan de la Iglesia de los últimos días. El propósito es una batalla que implica un cambio sólido de vida, algo mucho más profundo que reuniones públicas que quizá no podamos realizar en el futuro. Se trata de una cultura que no puede ser detenida, ni siquiera por la persecución.

El concepto de batalla cultural está siendo llevado adelante por algunos gobiernos que luchan por la libertad. Aprovecho esta expresión porque la batalla que están

librando es extraordinaria. Ellos comprenden que no se trata solo de una gestión de gobierno, sino de combatir un movimiento global de enormes dimensiones y lo que yo considero es que la Iglesia no puede quedar fuera en este conflicto.

Ese movimiento global está alineado con los lineamientos del Nuevo Orden Mundial, y sabemos muy bien lo que eso implica. La Iglesia ha guardado silencio ante esta batalla, pero como ministro de esta generación, he decidido levantar mi voz para sumarme a ella y alentar a la Iglesia a participar desde una posición netamente espiritual.

La agenda globalista y los lineamientos del Nuevo Orden Mundial se oponen frontalmente a los principios del Reino. Por lo tanto, no deberíamos permanecer indiferentes ante esta expansión violenta. Ellos están utilizando el poder económico, los medios de comunicación y la política para establecer lo que Satanás ha diseñado. Nosotros, como Iglesia, deberíamos contribuir desde nuestra posición espiritual, no política ni partidari, para hacernos presentes y alzar nuestra voz.

Si algún pastor dice estar interesado en lo que sucederá en los últimos tiempos, debería estar enseñando sobre estos temas, o al menos exponiendo las estrategias globales que Satanás está llevando a cabo. Hace años, estas acciones se realizaban bajo un manto de sombras, pretendiendo cubrir eficazmente sus rastros espirituales. Sin embargo, en estos días, todo se está haciendo abiertamente.

Una teoría sobre la batalla cultural señala claramente que los cambios promovidos desde el poder muchas veces buscan moldear la dirección cultural de la sociedad. Esto incluye símbolos, costumbres, valores, tradiciones, normas, lenguajes o ideologías, con la expectativa de que no encontrarán oposición. Sin embargo, cuando surgen voces divergentes, automáticamente se produce una confrontación.

En los mejores casos, los cambios culturales no generan fricción. Pero cuando estos intentan trastocar principios fundamentales de la fe y la verdad, es necesario emprender estratégicas batallas en defensa de la libertad.

Una batalla cultural puede tener dos objetivos: promover un cambio o resistirse a él. En nuestro caso, necesitamos ambas cosas. Primero, un cambio interno: la Iglesia debe transitar de una cultura evangélica y religiosa a una cultura de Reino. Solo entonces podremos levantar la bandera de resistencia contra los perversos cambios que el sistema global está impulsando.

La batalla cultural no se define únicamente por el objetivo cultural, sino también por los medios empleados para alcanzarlo. Los gobiernos utilizarán herramientas de poder político. Nosotros, como Iglesia, debemos hacerlo a través de la autoridad y el poder espiritual del Reino.

Los factores que subyacen a los cambios culturales son diversos y frecuentemente están interconectados. Sin embargo, quiero dejar claro que mi intención no surge de

ideas partidarias o ideológicas sobre la libertad. Quienes conocen mis enseñanzas saben que, desde hace años, vengo predicando una actitud diferente para la Iglesia: una actitud basada en los principios del Reino y manifestada en el poder de la unción que portamos.

Reitero: hay personas levantando la voz y librando una batalla cultural contra el sistema globalista, nosotros como Iglesia, tenemos una tarea que ellos no pueden realizar. Debemos manifestar el aspecto espiritual, exponiendo lo que muchos desconocen: las riquezas contenidas en la cultura del Reino.

Más allá de los conceptos, valores o ideologías de la cultura actual, que, por lógica, debemos confrontar, la sociedad está plagada de sincretismo en lo espiritual. La aceptación o fusión de múltiples creencias comienza a convivir bajo el pretexto de respetar la libertad, cuando en realidad lo único que genera es cautividad, porque no es más que una mezcla de mentiras aceptadas.

Los verdaderos cristianos no vamos a aceptar que la sociedad intente normalizar, como inocente o bueno, el sincretismo en la educación o formación de nuestros hijos. El problema del sistema actual es que enarbola la bandera de la libertad, pero, en realidad, restringe la expresión abierta de quienes pensamos diferente.

Un ejemplo claro de esto es el enfoque de género, un término adoptado por organizaciones internacionales como

la ONU para promover la igualdad entre los seres humanos, independientemente de su sexo. Los defensores argumentan que hablar de género e igualdad se refiere a brindar paridad de oportunidades para todas las personas, sin importar su raza, religión u orientación sexual.

A primera vista, esto parece positivo, especialmente en cuanto a la igualdad entre hombres y mujeres. Sin embargo, el problema surge con las obligaciones que imponen para alcanzar esa igualdad, así como con la extensión de estos conceptos hacia quienes afirman identificarse con un sexo diferente al que corresponde a su biología. Consideran que la sexualidad es una construcción y que cada ser humano tiene el derecho de ser lo que desee, sin que nadie pueda imponerle su naturaleza biológica.

Aquí radica el problema: como cristianos, no pretendemos imponerles nada. Sin embargo, al expresar la verdad, consideran que los atacamos o que no respetamos sus derechos. Piensan que buscamos impedirles comportarse de cierta manera, pero eso no es cierto. Nuestro interés no es cambiar comportamientos, porque sabemos que “cada árbol se conoce por su fruto” (**Lucas 6:44**), y no estamos llamados a intervenir en eso.

Lo que sí deseamos es el derecho a expresar que un hombre que se viste de mujer sigue siendo un hombre, o que una mujer que se comporta como hombre sigue siendo biológicamente una mujer. Decir la verdad no significa atacar, pero en la sociedad actual, está prohibido hacerlo, y

ahí radica nuestra batalla. Ellos hablan de libertad mientras prohíben; nosotros buscamos la libertad para proclamar la verdad, pues sabemos que “la verdad nos hará libres” (**Juan 8:32**).

Este es solo un ejemplo, porque no ocurre únicamente con la sexualidad, también con la fe. Como cristianos, no podemos negociar la verdad. Puede que nos consideren radicales, pero debe ser así. No podemos proclamar el evangelio y, al mismo tiempo, aceptar que todo es relativo según lo que cada uno crea.

No existen muchas verdades para que cada cual elija la que más le guste. Creemos en la libertad de elección: cada persona puede decidir en qué creer. Pero la verdad es una sola, y su nombre es Jesucristo. Si expresar esto se interpreta como un ataque, ahí surge otra batalla.

Podría citar muchos otros ejemplos, pero estos bastan para entender las tendencias culturales actuales. Se exigen libertades sustentadas en mentiras y se prohíbe la expresión de quienes piensan fuera de los parámetros establecidos.

Esto es típico del humanismo: las personas buscan libertades para hacer lo que desean, pero terminan generando violencia contra quienes, sin intentar impedirselo, simplemente proclamamos la verdad según Dios. Nosotros no buscamos imponer nuestras razones o ideas; declaramos la verdad que Dios ha establecido y creemos firmemente en Su palabra.

Para ellos, esto es un ataque. Por eso, es lógico que estas posturas generen batallas en el mundo espiritual. La maldad en este mundo está en pleno ascenso, lo que indica claramente que estamos viviendo los últimos tiempos. En este contexto, la violencia contra la Iglesia será cada vez más intensa. Por eso, debemos prepararnos para ofrecer batalla con las mejores armas espirituales que poseemos.

“Desde que vino Juan el Bautista hasta ahora, al reino de los cielos se le hace violencia, y los violentos pretenden acabar con él”.

Mateo 11:12



Capítulo cuatro

MENTALIDAD PARA LA BATALLA CULTURAL

“Todas las cosas son puras para los puros, más para los corrompidos e incrédulos nada les es puro; pues hasta su mente y su conciencia están corrompidas. Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra”.

Tito 1:15 y 16

Todos los seres humanos poseemos una serie de ideas y convicciones personales que conforman nuestra visión general de la vida. Estas ideas y convicciones constituyen el fundamento de lo que llamamos mentalidad. Podría decirse que la mentalidad es la forma en que cada uno comprende la existencia y la verdad.

Desde una perspectiva humana, esto varía de manera imposible de medir, pues las épocas, territorios, culturas y vivencias personales son los elementos que moldean la forma de pensar de cada individuo. El avance tecnológico, la globalización y el cambio cultural de los últimos años no

tienen precedentes en la transformación mental de la humanidad.

Aunque esto parece, en muchos sentidos, positivo, también ha generado grandes dificultades. La hipercomunicación global ha erosionado las reservas de valores con fundamentos cristianos. Es decir, la influencia del cristianismo, que en Europa y América sentó las bases para una sociedad orientada a valores relativamente sólidos, se ha visto debilitada.

El humanismo, impulsado por los cambios de época y la globalización, está destruyendo esos valores. Hoy en día, todo tiende a ser relativo, según la construcción que cada individuo cree tener derecho a establecer. Esto aparenta ser un grito de libertad, lo cual sería extraordinario si fuera real; sin embargo, es todo lo contrario. Las libertades que los hombres buscan no son más que independencia y desconocimiento de Dios.

La independencia puede ser beneficiosa en ciertos aspectos, pero la independencia del ser humano respecto a Dios ha sido el origen de todos los males. La desobediencia a una orden establecida por Dios marcó el inicio del pecado, invitando a la muerte a entrar en todas las generaciones.

Satanás le dijo a Eva que, al comer del fruto prohibido, serían como Dios, conociendo el bien y el mal. Sin embargo, eso no sucedió, ya que el conocimiento humano dejó de

basarse en la verdad divina y comenzó a fundamentarse en el criterio individual.

Las construcciones mentales no son un fenómeno reciente; fueron propuestas por Satanás desde el huerto del Edén. Por eso vemos que Adán y Eva se confeccionaron delantales con hojas de higuera (**Génesis 3:7**). Antes de pecar, pensaban conforme a Dios, pero después del pecado, sus acciones respondieron a sus propios criterios, en lugar de obedecer una orden específica del Creador.

Desde entonces, los seres humanos, apartados de la vida de Dios, han desarrollado un pensamiento independiente de Su gobierno. El enemigo sigue utilizando el mismo engaño, sugiriendo que el hombre tiene libertad de pensamiento. El problema es que esta supuesta libertad no es más que una evidencia del engaño, ya que, sin el conocimiento de la verdad eterna, las personas permanecen en cautividad.

Reclamar la libertad de pensamiento no garantiza una vida en libertad. Jesús dijo: **“Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”** (Juan 8:32). Una mentalidad basada únicamente en nuestras ideas no nos permite alcanzar la verdadera libertad, ya que la libertad no consiste en hacer lo que deseamos, sino en poder hacer lo correcto.

Dios no obliga a los hombres a pensar conforme a Su Palabra. Algunos creen que Él busca restringir la libertad de pensamiento y que Satanás promueve lo contrario. Esto es

absurdo. Dios desea guiarnos por caminos de justicia y verdadera libertad. Cuando un padre le aconseja a su hijo diciéndole claramente lo que es correcto, el hijo puede percibir que su padre está tratando de coartarle la libertad, pero eso no es cierto, solo está tratando de guiarlo por el camino correcto.

La historia misma es prueba de que Dios permite a los humanos pensar libremente, y las consecuencias de esa independencia también están registradas en la historia. Al observar la decadencia moral y la degradación de los valores en la sociedad actual, es innegable el daño causado por la supuesta libertad que procura el hombre, que además, no es otra cosa que puro pecado.

Al nacer, todos tenemos una mente virgen, sin información intelectual o cultural previa. Las enseñanzas de nuestros padres y el entorno en el que crecemos moldean nuestra vida, ya sea para el éxito o para el fracaso, dependiendo de los principios, ideas y valores que recibimos.

En mi caso personal, puedo decir que mis padres, de manera natural, me dieron una buena educación y me inculcaron sólidos valores, aunque, lamentablemente, no tuvimos una formación cristiana. En mi hogar no sufrí escasez, violencia, abandono, abuso ni enfermedad; de hecho, tuve una infancia feliz. Sin embargo, al llegar a la adolescencia, las amistades equivocadas y una inexplicable rebelión personal fueron el caldo de cultivo para una mente entenebrecida y enemiga de Dios (**Efesios 4:18**).

Una mentalidad alejada de la verdad divina está fundamentada en pensamientos erróneos, lo que inevitablemente conduce a malas decisiones. Estas, a su vez, nos hunden en la frustración que generan sus consecuencias negativas.

Pensar que, en mi mente, llegué a ser considerado enemigo de Dios (**Colosenses 1:21**), ciertamente me produce escalofríos, especialmente porque no era consciente de ello. Cuando caminamos en tinieblas, no percibimos nuestra enemistad o falta de comunión con Dios. Todo lo reducimos a opinar si creemos o no en una deidad, pero desconocemos nuestro estado real ante Él.

Esa sensación que me invade al reflexionar sobre mi antigua mentalidad me llena de inquietud al pensar en todas las personas que, hoy en día, están cegadas en su entendimiento e incapaces de comprender la verdad del evangelio (**2 Corintios 4:4**). Sin duda, la sociedad actual y su formación cultural son determinantes para generar una mentalidad enemiga de Dios y de Su Reino.

La naturaleza pecaminosa y la iniquidad son factores trascendentales en nuestra manera de pensar. La iniquidad es la raíz del pecado, la fuente de nuestros deseos más oscuros. Esta iniquidad está presente en nuestro ADN y, tarde o temprano, se manifiesta en acciones. Sin embargo, antes de que estas acciones ocurran, la iniquidad genera pensamientos pecaminosos.

Los pensamientos que podríamos llamar torcidos o retorcidos son, en su mayoría, producto de la iniquidad. Aunque generalmente se despiertan por factores externos, ya están presentes en nuestra naturaleza. Son como el combustible que necesita un fósforo para arder: contienen todo el potencial incendiario, solo esperan una chispa.

Una característica fundamental de esta mentalidad es que no solo produce el mal de manera continua, sino que también busca culpables, atribuyendo a otros la responsabilidad de todo fracaso. Esta actitud es inherente a la esencia pecaminosa. Cuando Dios confrontó a Adán sobre su desobediencia, él culpó a su esposa y, de forma indirecta, también a Dios.

Adán no solo afirmó que Eva le dio el fruto, sino que, de manera atrevida, le recordó a Dios que había sido Él quien incluyó a la mujer en Su diseño. Luego, Dios interrogó a Eva preguntándole: “*¿Qué has hecho?*”. Su respuesta fue similar, echándole la culpa a la serpiente: “*La serpiente me engañó, y comí*” (Génesis 3:13).

En definitiva, los seres humanos, separados de la vida de Dios, tienden a culpar a otros de sus problemas. Es raro encontrar personas que asuman por completo la responsabilidad de sus adversidades. La oscuridad mental impide que comprendan plenamente sus realidades. Esto no subestima la capacidad del pensamiento humano, sino que reconoce la limitación lógica de quienes analizan todo bajo un manto de oscuridad espiritual.

Las personas que no han recibido la vida de Cristo tampoco tienen Su luz, porque Su vida es la luz de los hombres (**Juan 1:4**). El desconocimiento de la verdad divina genera análisis erróneos, y por ello muchas personas culpan al cielo, a la vida o a otros de todo lo negativo que les sucede.

Curiosamente, aunque pocos culpan directamente al diablo, muchos, sin conocerlo o sin creer verdaderamente en Dios, lo responsabilizan de todo mal. Esto es paradójico, ya que muchas personas se consideran merecedoras de cosas mejores. Desde una perspectiva espiritual, es lógico que el mal aceche la vida de las personas. Sin embargo, cuando esto sucede, surgen preguntas como: “¿Por qué a mí?” o “¿Dónde está Dios que permite mi sufrimiento?”.

No subestimo la capacidad del pensamiento humano, ni juzgo limitaciones mentales, pues yo también estuve en esa condición y me hice estas mismas preguntas. Es comprensible que suceda, pero la búsqueda de culpables solo procura evitar responsabilidades.

Muchas personas demandan bienestar sin considerar su contribución al bienestar de otros o al entorno en el que viven. Esta búsqueda constante de culpables y demandas genera una actitud de víctimas en quienes, en realidad, deberían asumir la responsabilidad de sus propias acciones.

Por ejemplo, algunos culpan a sus padres por la crianza que recibieron, pero curiosamente, muchas veces replican esos mismos errores con sus propios hijos. Otros se quejan

de su familia, pareja, amigos, compañeros de estudio o trabajo, vecinos, gobernantes, patronos e incluso de Dios mismo. Pero rara vez encontramos a quienes asuman la responsabilidad de sus malas decisiones o acciones.

La tendencia a quejarse y culpar a otros por las circunstancias pone en manos de terceros el control sobre nuestros éxitos o fracasos. Por ejemplo, muchas personas responsabilizan a los gobiernos de su situación. Es cierto que los buenos o malos gobiernos pueden influir en nuestras vidas, pero no deberían ser responsables de nuestro bienestar personal.

Las buenas administraciones brindan oportunidades, mientras que las malas pueden dificultar el progreso. Sin embargo, no es responsabilidad del gobierno asegurar nuestro bienestar. Cuando se delega esa responsabilidad, el gobierno asume un rol abusivo, adoptando una posición paternalista que atrevidamente expresa: “Yo te cuido”. Esto genera una dependencia perversa, diseñada para controlar a las masas.

Las naciones que han experimentado esto son aquellas que, a través de gobiernos populistas, han fomentado en la sociedad una mentalidad de dependencia y subsidio generalizado. Promover la idea de que el Estado debe supervisar, asistir y sostener a sus ciudadanos ha sido la base de una gran mentira utilizada por los gobernantes para obtener simpatías y perpetuarse en el poder.

Es correcto que las personas incapacitadas o indigentes reciban asistencia gubernamental, y los subsidios pueden ser una herramienta adecuada para apoyar a individuos o sectores privados en situaciones específicas. Sin embargo, los gobiernos, al implementar estas medidas, generan dependencia, lo que equivale a control. Esto les resulta atractivo, ya que les otorga beneficios perversos, especialmente en el ámbito electoral.

Estos subsidios, concebidos como instrumentos de política económica para mejorar el salario real y la distribución del ingreso, terminan generando problemas significativos en la política fiscal. Cada dádiva otorgada debe financiarse mediante una mayor presión tributaria, endeudamiento o emisión monetaria, lo que a su vez contribuye al aumento de la inflación.

Muchas personas se acostumbran a recibir estas ayudas y continúan reclamando más, sin considerar que cada beneficio tiene un costo que otros deben asumir. Las dádivas nunca son gratuitas y, peor aún, fomentan una dependencia que degrada la dignidad de quienes las reciben.

Un antiguo proverbio chino dice: *“Regala un pescado a un hombre y le darás alimento para un día; enséñale a pescar y lo alimentarás para el resto de su vida”*. Si no se invierte en acciones que promuevan un sistema de oportunidades para que las personas generen sus propios recursos, lo que se produce es una dependencia marcada por la ignorancia y la falta de autogestión.

De hecho, este ciclo de constante repartija ha sido denominado pobrismo, que no es más que la idealización de la pobreza. En lugar de buscar superarla, se considera una condición “bendecida”, ya que permite a las personas recibir beneficios. En este escenario, los subsidiados viven en un pozo metafórico donde solo reciben lo que les arrojan, creyendo que eso los hace más astutos que los demás. No producen, y si las dádivas son suficientes, no buscan oportunidades ni aceptan trabajos, ya que un empleo estable podría privarlos de ciertos beneficios.

Regalar peces sin enseñar a pescarlos no es evidencia de amor genuino, sino un acto de manipulación egoísta. Además, este enfoque genera un monopolio en torno a los recursos, limitando el acceso a oportunidades reales para los posibles pescadores, y clausurando la democratización de su futuro.

Enseñar a pescar, en cambio, promueve la libertad y la multiplicación de oportunidades. Permite que las personas progresen sin quedar estancadas en la dependencia de quienes les proveen. Sin embargo, este progreso no es lo que buscan los gobernantes manipuladores. Alimentar el temor y la dependencia mantiene a las personas en un único pozo, al que llaman seguridad, mientras rechazan lo desconocido por miedo.

Aquellos que culpan a terceros y no asumen la responsabilidad de sus errores siempre demandarán beneficios. Cuando los obtienen, se acostumbran y exigen

aún más. Al desconocer a Dios, esta manera de pensar los hunde cada vez más en la cautividad de las tinieblas.

“No es bueno ser ignorante; el que se apresura a hacer algo, se equivoca. Hay gente insensata que arruina su vida ella misma, pero luego le echa la culpa al Señor”.

Proverbios 19:2 y 3 PDT

El gobierno de Dios no es populista, ni depende de la elección de nadie, por lo que tampoco busca complacencias. Dios no hace nada para ganar el favor de alguien; Él es Dios, y punto. Conoce lo que es mejor y actúa en consecuencia, sin necesidad de opiniones o razonamientos humanos. Si queremos vivir una vida de Reino, debemos abandonar definitivamente la mentalidad de subsidios y prebendas, y convertirnos en personas productivas. En el Reino no hay lugar para quejas y demandas: “hay que producir”.

Es natural que la cultura terrenal influya en las personas. Aquellos que han sido subsidiados y dependientes enfrentan un gran desafío al convertirse al cristianismo. Al recibir la gracia de la vida en Cristo, suelen demandarle a Dios todo, pero no están dispuestos a producir para el Reino. Los líderes espirituales tenemos el deber de ayudarlos a transitar de una mentalidad de subsidio a una mentalidad de Reino.

A nivel global, el número de migrantes internacionales ha aumentado exponencialmente en las últimas décadas, impactando severamente a varios países. Estas naciones se

ven obligadas a asistir con recursos básicos a personas que ingresan a sistemas carentes de oportunidades reales. Esto amplía la brecha entre quienes desean recibir y quienes están oprimidos por la presión de producir.

Nada de esto es inocente en el mundo espiritual. Cuando la cultura de los pueblos sufre algunos cambios, a la larga esos cambios también penetrarán en la Iglesia. Esto también genera un choque entre los líderes populistas que alimentan la pobreza mental y los líderes espirituales del Reino, que debemos generar verdadera riqueza mental y espiritual en la gente que recibimos.

Debemos tener en claro que el poder y la cultura del Reino son mucho más fuertes que toda cultura social; sin embargo, lo que estamos padeciendo es la falta de líderes capaces de contribuir en la batalla cultural de esta época tan especial. Hay muchos ministros del evangelio, pero no hay muchos que prediquen abiertamente el evangelio del Reino.

Hay demasiados ministros tradicionales que no solo no predicán el Reino, llevando a la gente a la productividad, sino que por medio de mensajes motivacionales y humanistas alimentan en la gente la misma mentalidad de subsidiados que trajeron. Esto les resulta más fácil, por lo tanto, incentivan a la gente a pedir y pedir, utilizando la fe para alcanzar logros y deseos personales, pero no para poner por obra la voluntad de Aquel que realmente debe mandar.

Creo que es tiempo de trabajar en la mentalidad de nuestros hermanos. Si discipulamos reyes, tendremos la manifestación de un Reino. No tendremos oportunidad ante los tremendos tiempos que se vienen con una mentalidad de víctimas demandantes. La única manera de ser efectivos y glorificar a nuestro Padre es cultivando la comprensión de las riquezas recibidas en Cristo y la productividad que debe manar de sus capacidades.

Si solo tenemos gente demandante y dependiente, caerán fácilmente en el control del gobierno perverso de las tinieblas. El Nuevo Orden Mundial estará basado en el control absoluto, por lo tanto procurará alcanzar el dominio del mundo a través de la entrega y dependencia de todos los ciudadanos. Si los cristianos, en lugar de ser gente determinada, libre y luchadora, son demandantes y flojos, este gobierno global los someterá.

Los cristianos debemos tener en claro que pertenecemos a un Reino celestial y que no dependemos de nada ni de nadie en esta tierra. Ciertamente convivimos con todos, pero el que determina nuestro estado general es Dios, porque Él es nuestro Rey, y es un Rey que no complace caprichos ni gobierna sobre personas pusilánimes.

Nuestro Rey nos procesa, nos cambia y nos forja para fortalecernos y hacernos productivos. Él permite el desierto, la cisterna, la cárcel, la soledad. Él permite la persecución, la tortura, el foso de los leones o la cruz. Entiendo que esto pueda parecer duro a los débiles, pero quienes somos

entrenados en los cuarteles del Reino llegamos a comprender los grandes beneficios de la debilidad que manifiesta Su poder.

No pretendo con esto generar una mirada equivocada sobre la personalidad de nuestro Rey. Él también es nuestro amoroso Padre, y muchas veces nos purifica por fuego, justamente porque nos ama y desea que podamos ser fuertes vencedores. Si no creara anticuerpos en nuestro espíritu, las hostilidades de este mundo nos matarían. Él produce hijos determinados, productivos y capaces, porque esa es la forma de manifestar Su Reino.

Nosotros somos sus embajadores en la tierra, somos reyes y sacerdotes para Él. Somos guardados por Su poder, pero somos enviados con autoridad a manifestar la gloria de Su Reino celestial. ***“Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones; mas sobre ti amanecerá Jehová, y sobre ti será vista su gloria...”*** (Isaías 60:2). El gobierno del anticristo traerá gran oscuridad sobre el mundo, pero los cristianos con mentalidad de Reino ofreceremos una batalla de resistencia hasta la venida de nuestro Rey de Gloria.

No podemos entrar en esas dimensiones con mentalidad de caprichosos subsidiados. Debemos ser fuertes, determinados, productivos y dependientes solo de Dios. Este sistema perverso de las tinieblas no tiene, ni tendrá, nada para ofrecernos. Por el contrario, ejercerá presión para destruirnos, pero nuestro Padre Eterno nos sostendrá y se

glorificará con sus valientes. Al final, la batalla será nuestra y la tierra quedará en nuestras manos, no en las de Satanás.

“Los justos heredarán la tierra, Y vivirán para siempre sobre ella. La boca del justo habla sabiduría, Y su lengua habla justicia. La ley de su Dios está en su corazón; Por tanto, sus pies no resbalarán”.

Salmo 37:29 al 31



Capítulo cinco

VICTIMAS O REYES

“Por esto se alejó de nosotros la justicia, y no nos alcanzó la rectitud; esperamos luz, y he aquí tinieblas; resplandores, y andamos en oscuridad. Palpamos la pared como ciegos, y andamos a tientas como sin ojos; tropezamos a mediodía como de noche; estamos en lugares oscuros como muertos. Gruñimos como osos todos nosotros, y gemimos lastimeramente como palomas; esperamos justicia, y no la hay; salvación, y se alejó de nosotros. Porque nuestras rebeliones se han multiplicado delante de ti, y nuestros pecados han atestiguado contra nosotros; porque con nosotros están nuestras iniquidades, y conocemos nuestros pecados...”

Isaías 59:9 al 12

Siempre agradezco mucho a Dios por la nación de Israel y por los personajes bíblicos de fe, porque manifestaron errores y virtudes. Ellos vivieron tiempos muy difíciles y pasaron por muchos procesos de aflicción, pero están ahí, como nuestros grandes ejemplos; tanto de las cosas

buenas que debemos asimilar, como de aquellas que no debemos imitar.

Los descendientes de Abraham entraron a Egipto como una familia, pero después de cuatrocientos treinta años fueron sacados como una gran nación. Bueno, para Dios eran una gran nación, pero ellos no comprendieron eso rápidamente. En la salida, el Señor dijo: ***“Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí. Ahora, pues, si diereis oído a mi voz y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa”*** (Éxodo 19:4 al 6).

Para el Señor, los hebreos eran Su especial tesoro y deseaba que ellos pudieran expresarse como un Reino de sacerdotes y gente santa. Es por eso que Moisés, habiéndoles entregado las Leyes, les dijo: ***“Mirad, yo os he enseñado estatutos y decretos, como Jehová mi Dios me mandó, para que hagáis así en medio de la tierra en la cual entráis para tomar posesión de ella. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta”*** (Deuteronomio 4:5 y 6).

El diseño era de un gran Reino, santo, sabio, entendido y gobernante. Sin embargo, todos conocemos la historia y sabemos que no fue fácil que los hebreos comprendieran que

eran libres. Ellos salieron de Egipto sanos, fortalecidos y con todo el oro de los egipcios, pero aun así, continuaron evidenciando una mentalidad de esclavos.

La tierra prometida estaba a menos de cuatrocientos kilómetros de Egipto, por lo cual, si hubieran caminado unos trece kilómetros diarios, podrían haber llegado en menos de un mes. Sin embargo, sabemos que tardaron unos cuarenta años y que toda una generación de israelitas no entró jamás, porque murieron en el desierto.

Nosotros podemos cuestionarlos livianamente, pero debe haber sido muy difícil para ellos vivir y pensar como esclavos durante generaciones y, de pronto, tener que asumir el poder de la libertad. En realidad, desde el principio se notaba que sería algo complicado para ellos, porque tan solo cuando llegó Moisés con la noticia de que Dios lo había enviado para liberarlos y ante la primera presión del faraón, los mismos hebreos se enojaron y se quejaron contra Moisés (**Éxodo 5:21**).

Luego de la salida, las quejas continuaron permanentemente y es claro que esa actitud lo único que hizo fue sumergir a los hebreos en interminables vueltas en las cálidas arenas del desierto. Dios podría haberlos metido a la tierra, podría haber sacado a los enemigos en apenas un día, podría haber eliminado a las fieras salvajes, pero no lo hizo. Por el contrario, se negó a entregar la tierra a un pueblo con mentalidad de víctimas.

El gran problema de los hebreos fue la constante queja y las muchas murmuraciones. No se conformaron con el hecho de que Dios los sacara de Egipto con poderosas señales y grandes prodigios, sino que además pedían impacientemente entrar a la tierra, pedían beber agua, comer carne, o experimentar cambios en el liderazgo. En lugar de exaltar a Dios y procurar servirlo por tanto recibido, querían más privilegios para ellos.

Faraón los había golpeado durante años, pero ellos creían que al menos les daba mejor comida. La versión de la Traducción en lenguaje actual dice lo siguiente: ***“El maná tenía un sabor parecido al del pan de harina con aceite. Sin embargo, los israelitas empezaron a llorar y a decir: ¡Ojalá pudiéramos comer carne! ¿Se acuerdan del pescado que comíamos gratis en Egipto? ¡Y qué sabrosos eran los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos que allá comíamos! En cambio, ahora nos estamos muriendo de hambre, ¡y lo único que vemos es maná!”*** (Números 11:5).

Han pasado muchos años y la historia del éxodo sigue tan vigente como siempre, no solo para Israel como nación, sino para nosotros como Iglesia hoy. Por más que llevemos más de dos mil años mencionando esta historia en predicaciones y estudios, penosamente seguimos hallándonos en las actitudes fallidas de los hebreos.

Nosotros no fuimos sacados de Egipto sino del sistema opresivo del pecado y de la muerte. El Señor no envió a un

Moisés con una vara, sino a Cristo con una cruz. No fue la sangre de pequeños corderos, sino la sangre de Su propio Hijo, quien murió para darnos vida. Aun así, y después de recibir semejante gracia, no paramos de pedir por el cumplimiento de deseos personales.

Muchas veces criticamos a Israel por los cuarenta años que pasaron en el desierto, pero nosotros llevamos dos mil años dando vueltas sin avanzar con tanta efectividad. Es verdad que ellos actuaron con rebeldía y murmuraron muchas veces, pero si estudiamos la historia de la Iglesia, no tenemos más que terminar llorando y pidiendo perdón.

“Por eso, mientras siga en pie la promesa de descansar con Dios, debemos tener cuidado. Sería una lástima que alguno de ustedes no pudiera recibir de Dios ese descanso. Porque nosotros oímos la buena noticia, igual que aquellos israelitas que salieron de Egipto. Sólo que a ellos no les sirvió de nada oírlo, porque no creyeron en el mensaje. Nosotros, en cambio, los que sí hemos creído en la buena noticia, disfrutaremos de la paz y de la tranquilidad que Dios nos ha prometido. Pero a los que no creyeron, Dios les dijo: Por eso, ya enojado decidí: ¡No voy a permitirles entrar en la tierra prometida, donde los haré descansar! Dios dijo esto, refiriéndose a su descanso cuando terminó de crear el mundo”.

Hebreos 4:1 al 3 VLS

Durante mucho tiempo, la iglesia no caminó hacia ninguna parte, sino que se encerró entre cuatro paredes

pidiendo bienestar y pensó que lo bueno para ella era cantar y demandar, creyendo que su deber solo era mantener a sus miembros santos en el modo de vivir hasta la venida del Señor. Claro que cuando menciono la Iglesia no me refiero a la novia gloriosa, sino a la diligencia responsable o irresponsable, como suene mejor.

De todas maneras, al igual que ocurrió con los hebreos, Dios nunca ha perdido el control de Su pueblo, solo ha esperado pacientemente la rendición y humildad del liderazgo. Paciencia no es aprobación, solo es misericordia y gracia, a la espera de una reacción a favor del Reino. Los tiempos vividos y los sistemas religiosos imperantes en muchas denominaciones han frenado el potencial espiritual verdadero, pero no queda tiempo para demoras vanas, es necesario que avancemos.

La mentalidad de Reino implica humildad para vivir bajo el gobierno del Padre. Vivir bajo esa mentalidad aumenta exponencialmente el compromiso y la entrega verdadera. Algunos creen que vivir en el Reino es no ser religiosos para vivir livianamente, pero nada más alejado de la verdad. El Reino despierta mucho más compromiso, pero lo hace de manera genuina y profunda, no de manera superficial y almática.

Durante años, la santidad llegó a considerarse como aquello que vestíamos o hacíamos, sin considerar primeramente la esencia que verdaderamente la debe producir. La vida de Reino manifiesta una santidad otorgada

y cultivada en el poder del Espíritu, no desde las buenas intenciones humanas. La madurez espiritual tiene que ver con la fructificación, no con la obediencia a un liderazgo religioso, manipulador y abusivo.

La verdadera santidad es la que fluye desde la vida espiritual y la profunda comunión con el Espíritu Santo. Es la que surge desde lo profundo de nuestro ser, evidenciando lo que somos. No nos portamos bien para ser santos, sino que somos santos, por lo tanto actuamos correctamente, dando fruto para la gloria de nuestro Padre.

Es por esto que lo primero que procura hacer el Señor es romper la mentalidad de pecadores. No para que ignoremos la esencia de nuestra vieja naturaleza, sino para que funcionemos en la esencia de la vida recibida en Cristo. El Señor quería enseñarle a los hebreos que ya no eran esclavos, que debían comportarse como un pueblo de reyes, sacerdotes y gente santa. Lo mismo debe hacer con nosotros hoy.

Cristo es nuestra santificación, y debemos gestionar la fe desde esa revelación. No podemos ser santos con mentalidad de pecadores, ni podemos manifestar el Reino con mentalidad de esclavos. No somos víctimas, somos vencedores y debemos demostrarlo. Cristo mató al pecador en la cruz. Nuestra fe está basada en el poder de la resurrección; si no entendemos esto, haremos vano el triunfo de la Cruz.

Hay una naturaleza en la carne que sigue siendo de pecado, por eso dice el Señor que debemos despojarnos del viejo hombre, porque el mismo está viciado. La sangre ha tratado con el pecado, pero solo la revelación de la cruz puede tratar con el pecador. Debemos morir al yo y permitir que el Espíritu Santo vivifique nuestro espíritu, y en Su naturaleza producir frutos para la gloria del Padre.

Cuando Pablo le escribía a la iglesia de Corinto, de Éfeso o de Filipo, lo hacía con referencia a los santos. Hoy, los santos estamos acá. Eso es importante, porque el concepto que tengamos de nosotros mismos será la dimensión en la que vamos a vivir. Los santos no son las estatuas que nos mostraron desde la cultura católica, los santos somos todos los apartados por el Señor para manifestar Su Reino.

Cuando una persona tiene el concepto de que no puede, nunca va a poder. El que dice: “pobrecito de mí”, nunca va a ser alguien con identidad regia. Cuando alguien es apocado en su forma de pensar, cuando se cree víctima, nunca será un conquistador. No se puede sacar algo bueno de gente que opera bajo conceptos equivocados. Es por esto que Dios está trabajando para romper los paradigmas heredados del pecado y formar en nosotros una verdadera mentalidad de Reino.

Personalmente, no tengo nada en contra del término evangélico, porque su significado es bueno, ya que identifica a quienes portamos buenas noticias. Lo que sí he criticado es la mediocre actitud que han generado las enseñanzas de muchos de los líderes de la Iglesia.

Para la sociedad en general, los evangélicos somos buenas personas, que habitualmente nos reunimos para cantar alegremente. La verdad es que no resultamos ninguna presión espiritual para el oscuro sistema global que nos contiene. Es ante esto que los líderes debemos hacernos responsables. La forma de pensar de los cristianos es el resultado de nuestra impartición, por lo cual no tengo dudas de que debemos implementar algunos cambios.

Hace unas décadas, los evangélicos eran los que andaban con cara de sospecha, con una gran Biblia, bien peinados, vestidos fuera de toda moda, desinteresados de lo material, ajenos de toda actividad social o familiar, cuestionando todo o juzgando de manera condenatoria a todo el mundo. Con los años, todo eso ha cambiado al menos en un grandísimo porcentaje, pero andar alegres, sin Biblia impresa, vestidos a la moda, con peinados o tatuajes, no nos ha mejorado espiritualmente.

Los cambios cosméticos no eran la idea. Puede que fueran la consecuencia lógica que esperábamos por causa de un cambio de mentalidad, pero no era el objetivo principal. Lucir diferentes no nos hace más efectivos si descuidamos la unción. Podemos tener mejores salones de reunión, mejores equipos de sonido, mejores pantallas Led y hermosas luces de colores, pero si descuidamos la unción no tenemos nada.

Personalmente menciono esto con cierta tristeza, porque años atrás yo mismo fui responsable de predicar la necesidad de ciertas reformas, y sigo creyendo que algunas

de las implementadas fueron muy buenas y necesarias. Pero renovar conductas y apariencias no debió jamás incluir el cambio de responsabilidades y compromisos espirituales. La idea no era cambiar todo, sino cambiar solo lo que debía ser cambiado, y mejorar lo que estaba funcionando.

Hoy sigo creyendo en la necesidad de mantener vigente la reforma, no como aquello que debe producir renovadores cambios, sino para producir un retorno al diseño apostólico y profético original. Esto implica quitar aquellas cosas que han sido puestas por iniciativas humanas y edificar aquellas cosas que Dios ha determinado que deben ser parte de la Iglesia.

Hoy en día, los cristianos no aparentamos ser gente rara; hemos normalizado nuestra apariencia y hemos logrado filtrar en los diferentes estratos de la sociedad. Lamentablemente, lo que no estamos haciendo es destacándonos espiritualmente. No estamos obrando en la unción del Espíritu, no estamos dando verdaderos frutos y no estamos generando incomodidad a las tinieblas.

Hoy en día, el mensaje es que podemos ser de apariencia normal, vestir bien, participar de actividades familiares y sociales sin problema, podemos comer, beber y pasear normalmente, disfrutando de los sanos placeres de la vida. Pero lo que no debemos hacer es descuidar nuestra comunión con Dios. Necesitamos algo más que congregarnos algunos días; debemos cultivar una profunda intimidad con el Señor.

Debemos recuperar términos, revertir muchos conceptos espirituales, volvernos profundos sin caer en misticismo, ser gente de revelación, sabia, equilibrada y prudente. Debemos vivir como embajadores del Reino, como ungidos del Señor, como hijos de la Luz. El Señor desea una Iglesia capaz de penetrar el sistema, afectándolo, incomodándolo y dando testimonio del poder divino.

La Iglesia debe penetrar el sistema, siendo parte de los intereses familiares, trabajando responsablemente, destacando en todos los estratos de la sociedad y manifestando en todo tiempo la vida de Cristo. Durante años oramos para que la gente venga a participar de nuestras reuniones y que las congregaciones crezcan, pero en realidad, la Iglesia debe funcionar avanzando para manifestar el Reino, no esperando encerrada entre cuatro paredes, sobrecargada de actividades y eventos.

Toda área que los cristianos no afectemos será afectada por el enemigo, porque cada cosa que dejamos, la dejamos a merced del diablo. Cuando hemos dejado la industria, el comercio, el arte y los medios de comunicación, se los hemos dejado al enemigo, y él, que es ladrón, usurpador y mentiroso, aprovecha para explotarlos en favor de su propio beneficio.

Eso sí, después de renunciar, muchos cristianos se ponen en la posición de críticos maduros y dicen: “A cualquier porquería le llaman arte”, pero la gran pregunta es: ¿Dónde está la gente con el poder de la creatividad otorgada

por el Espíritu Santo? También dicen: “Qué porquería los medios de comunicación, son un desastre, ya no se puede mirar nada, todo lo que pasan es feo”, pero la pregunta nuevamente es: ¿Dónde están los cráneos cristianos haciendo programas familiares que sean sanos y mejores que toda la porquería que vemos diariamente en los medios?

Algunos se horrorizan de las redes sociales, pero ellos, haciéndose los súper espirituales, critican a otros ministros poniéndose en el rol de detectives del Reino. Quieren demostrar que ellos predicán la sana doctrina, pero lo único que hacen es tirar basura a toda la Iglesia de manera pública, porque la gente no sabe diferenciar y, para ellos, todo es lo mismo.

Cuando alguien señala a un pastor como ladrón, la gente solo recepta que todos los pastores son abusivos y ladrones. Cuando alguien expone lo falso, solo genera duda y descrédito contra toda la Iglesia. No es que no debemos señalar lo malo o lo falso, lo que no debemos hacer es utilizar las redes sociales, donde participan también los inconversos. ¡No se puede ser tan ignorantes!

Si nosotros tenemos el Espíritu de sabiduría, debemos actuar sabiamente; si tenemos el Espíritu del Creador, debemos ser creativos y afectar la ciencia, el arte y la cultura tal como hicieron nuestros antepasados después de la gran reforma. Sin embargo, ¿en qué está enfocada la Iglesia en estos días? Bueno, en hacer crecer a sus denominaciones, en organizar grandes eventos, pero todo para el consumo

interno, pensando que eso puede generar una gran atracción para todos los inconversos.

El Señor quiere que nosotros afectemos a la sociedad, no que la sociedad nos afecte a nosotros. No deberíamos hacer todo puertas adentro y solamente para consumo interno. El Señor quiere que nosotros afectemos todo lugar que pisemos con la planta de nuestros pies. Debemos creer en nuestras capacidades y perder el miedo. No somos débiles, ni víctimas de nada. No debemos actuar como inferiores a quienes operan bajo las influencias de las tinieblas. Nosotros somos reyes, no mendigos.

Jesús penetró el sistema de sus días, y no lo hizo demostrando temor. Él estaba seguro de quién era y nunca pecó por juntarse con pecadores. Salir del mundo no es el diseño del Reino. Jesús oró al Padre diciendo: ***“Padre, ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad”*** (Juan 17:13 al 17).

Entonces, tenemos que romper el miedo, porque la protección de Dios está sobre nuestras vidas. Demostremos que podemos ser diferentes, que somos un pueblo sabio y entendido. Demostremos que somos buenos trabajadores, puntuales, cumplidores, detallistas y que hacemos todo para

la gloria de nuestro Padre. Demostremos que somos creativos, codiciables y mejores, porque nuestros intereses no son los mismos que los de la gente sin Dios.

No debemos procurar el desarrollo de una subcultura evangélica y de consumo interno. Debemos trabajar en el desarrollo de una cultura de Reino para manifestarnos hasta lo último de la tierra. No necesitamos abrir un negocio poniéndole un nombre cristiano, lo que necesitamos es ser excelentes en lo que hacemos porque ese es el mejor testimonio que podemos dar.

Queremos afectar al sistema, pero no queremos hacerlo metiéndonos donde Cristo desea, porque donde Él quiere estar es en la sociedad, pero nosotros queremos quedarnos entre cuatro paredes porque nos sentimos más cómodos. Algunos se atreven a romper paradigmas de temor, pero al final, la mayoría termina comportándose como los impíos por temor a ser reconocidos como diferentes.

Justamente, si en algo debemos gloriarnos, es en ser diferentes, mejores, espirituales, santos y sabios. A Cristo siempre le interesó la gente, y la iglesia siempre se ha sentido más cómoda con una mentalidad de corral, por eso aceptamos fácilmente el concepto de ovejitas. Pero en realidad, ovejitas en el redil es un concepto espiritual respecto de Dios, y no podemos avanzar en este sistema con esa mentalidad.

De hecho, los mismos pastores alimentan esa mentalidad, pensando que si un hermano se cambia a otra

congregación, le han robado una oveja. También está el concepto de pescados, por eso dicen que las congregaciones son peceras. Términos como “hay algunos que quieren pescar en pecera ajena” son la evidencia de una mentalidad mediocre y equivocada. En el Reino, el campo es el mundo y las peceras no existen, excepto el mar, considerando así, las naciones, las muchedumbres y los pueblos.

Pero, gracias a Dios, hoy se están rompiendo esos corrales y esas peceras. Estamos asimilando que somos hijos de Dios, y que nuestro campo de acción es el mundo. Congregarnos es necesario, porque ahí somos edificados, capacitados y empoderados, bajo las autoridades establecidas por el Señor. Pero eso no debe ser el propósito de nuestra fe, sino el comienzo de nuestro impulso de conquista.

Ese concepto que Jesús le dijo a Pedro: ***“Te haré pescador de hombres”***, fue porque Pedro era pescador. Si Pedro hubiera sido taxista, estaríamos considerando pasajeros. Jesús solía hacer eso de utilizar ejemplos vinculados al oficio que la gente ejercía, y por cierto, era muy didáctico. Eso no implica que nosotros debemos generar principios básicos de esas figuras espirituales.

Esto puede parecer inofensivo, pero no lo es, porque la cultura de pensamiento o la base de una mentalidad es el resultado de una sumatoria de conceptos. Y si deseamos un cambio de mentalidad, debemos comenzar a llamar las cosas por su nombre y a considerarnos tal como Dios dice, y no como nos han hecho creer históricamente.

Ya no somos esclavos de la oscuridad, no somos víctimas de un pasado doloroso, no somos ovejas, ni pescados, ni evangélicos religiosos. Somos hijos del Rey de Gloria, somos pueblo escogido, nación santa, reyes, sacerdotes y gente sabia. Somos capaces de pensar, gestionar y crear con la mente de Cristo. El Espíritu del Señor está en nosotros y nosotros vivimos en Él. En todo somos más que vencedores y debemos manifestarnos como la luz del mundo, la sal de la tierra y los herederos del Reino.

“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó. ¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”

Romanos 8:29 al 31



Capítulo seis

DESINFORMACIÓN NO ES ESPIRITUALIDAD

“Entended, oh simples, prudencia; y vosotros, oh necios, tened un corazón que entienda”.

Proverbios 8:5 RBR

El presente de la política global muestra, cada vez con mayor fuerza, cómo funciona la dinámica de invisibilizar lo visible. Han comprendido que generar una mentalidad de consumo con promesas de felicidad hace que la gente caiga en la trampa de perseguir lo que nunca termina de alcanzar. Eso mantiene tan ocupadas a las personas que no tienen interés ni tiempo para observar lo que está pasando en el mundo.

El enfoque en el mundo personal, bloquea de manera absoluta el interés por observar o analizar lo que está pasando en el planeta. Mientras las grandes corporaciones trabajan para la expansión del Nuevo Orden Mundial, la gente está preocupada por su bienestar familiar, por la vorágine del día laboral, por los proyectos personales, o simplemente

entreteniéndose con las series de televisión, diferentes eventos deportivos, o los reels de alguna aplicación.

Los grandes medios de comunicación se han doblgado a los lineamientos globales y trabajan en la línea de comunicar día tras día cosas intrascendentes, que ellos mismos levantan para entretener o más bien distraer de lo que verdaderamente está pasando en el mundo. Creen que al no hablar de ciertos problemas, al no mencionarlos como importantes, la gente simplemente los quitará de la lista de sus preocupaciones y así desaparecerán de sus mentes como por arte de magia.

La verdad es que los reyes de la hipocresía política, los miembros más prominentes de las corporaciones, eligen el sendero menos lineal, menos convencional, pero más conveniente para ellos, que es la ignorancia de los pueblos. La diferencia con décadas anteriores es que antes se procuraba la ignorancia ocultando la realidad, pero ahora se ha logrado mantener en ignorancia a la gente, mientras que ellos hacen todo de manera pública u obscena.

Por supuesto, muchos llevan adelante diferentes versiones de este supuesto movimiento global. Otros niegan todo, diciendo que simplemente son teorías conspirativas, pero que no hay nada de cierto en todo esto. Por mi parte, no me importa ninguna de las teorías o razones, porque mi análisis de situación está basado en la Palabra de Dios y los tiempos anunciados proféticamente.

Si algunas personas inventan conspiraciones globales basándose en mentiras, no es un problema para mí. Siempre que el enemigo está operativo, aparece lo falso, la mentira y el descrédito total. Por mi parte, no pretendo respaldar ninguna idea en especial, sino dar crédito a la Palabra de Dios y las verdades anunciadas para los últimos tiempos.

Más allá de lo que algunos puedan señalar como simples conspiraciones, en el contexto actual, encontramos varios eventos y tendencias globales que podrían interpretarse como pasos hacia un sistema más centralizado, o lo que algunos llaman abiertamente el Nuevo Orden Mundial.

Algunos analistas consideran que el mundo está demasiado fragmentado para pretender una unidad de control global, pero sabemos que una crisis lo suficientemente grande puede generar situaciones inimaginables. Por otra parte, están los que creen que los movimientos actuales solo se deben a ciertas adaptaciones naturales al mundo interconectado. Sin embargo, es absurdo para nosotros, quienes conocemos las profecías bíblicas, no reparar atentamente en lo que está ocurriendo.

Hay muchos acontecimientos actuales que deberían despertar a la Iglesia. Decir que nuestro enfoque es celestial y que nada en este mundo debe importarnos es estúpido, porque los acontecimientos del Reino ponen su mirada en el campo de acción correcto, que es precisamente el mundo. El

Señor no visitará Júpiter, sino que vendrá al mundo por segunda vez en relación con Su gobierno.

Desinformación o ignorancia no es sinónimo de espiritualidad. Debemos estar atentos, y para eso debe activarse correctamente el panorama apostólico y profético. Estos no son movimientos para que muchos aprovechen a nombrarse, como si recibieran ascensos espirituales. La recuperación de estas funciones en la Iglesia obedece a una necesidad de este tiempo, tal como la hubo en el primer siglo de la Iglesia.

Los apóstoles de hoy en día no deberían funcionar en congregaciones, sino que deben ocuparse en interpretar correctamente los fundamentos apostólicos y proféticos del primer siglo y dar una lectura objetiva de lo que está aconteciendo en el mundo y en cómo la Iglesia debería interpretar las Escrituras a la luz de los acontecimientos del tiempo presente.

Un pastor necesariamente debe tener su mirada sobre la congregación y ahí están sus objetivos. Un apóstol no puede estar involucrado con ninguna congregación, sino conectado con el mundo, para que su visión no sea estorbada por los avances o los problemas lógicos de una congregación. Los apóstoles no pertenecen a una iglesia local, sino al cuerpo de Cristo y desde ahí deben tocar su trompeta.

Los profetas no deberían estar predicando en congresos y eventos evangélicos; deberían estar retraídos a

gobierno. Sería bueno que los santos comprendan esto y los sostengan económicamente, pero los profetas solo deberían estar en una profunda comunión con Dios y, al recibir algo de Su parte, deberían dirigirse a los consejos pastorales y las mesas apostólicas de la Iglesia en general, no a los eventos organizaos para entretener gente.

Si no recuperamos esos diseños que analizo en mi libro titulado “Leones en el zoológico”, no podemos ver e interpretar correctamente lo que está ocurriendo, así como tampoco vamos a comprender el adormecimiento de la Iglesia o los movimientos que debería estar gestionando en este tiempo. Desinformación no es espiritualidad, activismo no es efectividad. Debemos despertar, y cumplo con mi parte de elevar la voz para gritar: ¡Cuidado! Están ocurriendo cosas en el mundo que no son inocentes.

Por ejemplo, no podemos negar que la globalización ha producido sistemas económicos interconectados, lo cual puede ser una gran bendición de intercambio, pero también puede ser un gran problema ante una determinada crisis. Mercados atados entre sí pueden ser una gran oportunidad, pero si se hunden, todos pueden ser arrastrados al fondo.

Una gran inflación o una crisis financiera de grandes dimensiones en un sector puede ser lapidaria para el resto. Los mercados globales están interconectados, y una crisis como una inflación mundial, las fluctuaciones del dólar, o las políticas del Fondo Monetario Internacional (FMI) pueden generar una dependencia económica muy peligrosa.

La creación de criptomonedas, o monedas digitales creadas por gobiernos y bancos centrales, pueden perseguir supuestas soluciones, pero no hay dudas de que pensar en la digitalización de todo dinero puede llegar a ser el caldo de cultivo de control económico global. Esto ya está planteando preocupaciones sobre vigilancia y dependencia. Pensemos qué pasaría si toda transacción de compra y venta debiera producirse de manera virtual. ¿No habría códigos o marcas que determinen identidad y legitimidad de los recursos? ¿Eso no generaría también un control absoluto de todo lo que hagamos?

Tampoco podemos negar que la tecnología de vigilancia está expandiendo sistemas como cámaras con reconocimiento facial, inteligencia artificial y monitoreo masivo, que ya han sido implementados en varios países, especialmente en aquellos con intereses de control autoritario. Estas herramientas que pretenden seguridad, no son más que armas de control masivo, y no son un diseño de la imaginación futurista, ya son una realidad vigente.

Algunos países y organismos internacionales están impulsando programas de identificación digital que centralizan información personal. Esto puede facilitar tanto la inclusión financiera como el control estatal. Estamos siendo monitoreados, escuchados y filmados en todo momento. Saben dónde estamos, qué compramos, qué deseamos y a dónde pretendemos ir.

Los experimentos de las ciudades de los quince minutos ya son una realidad en varios países. Estas son un modelo de planificación urbana que busca que todos los servicios esenciales estén a una distancia accesible de menos de quince minutos a pie o en bicicleta desde cualquier lugar de la ciudad. El objetivo de estas ciudades, supuestamente, es fomentar la sostenibilidad ambiental, promover la cohesión social y la salud mental y física, así como darle a las ciudades una dinámica ecológica y económica. Pero la verdad es que esto no es otra cosa que un perverso control social.

Estas ciudades pretenden funcionar como barrios privados donde la gente no tenga necesidad de salir, y donde todos puedan moverse con seguridad y sin necesidades básicas. ¿Esto parece una fantasía de mi parte? Bueno, déjenme decirles que esto no solo se viene planificando hace unos años, sino que algunos ejemplos de estos modelos de ciudad son: París, con el término "Ville Du Quart D'Heure"; Suecia, con "Street Moves"; Portland, con "Complete Neighbourhoods"; Bogotá, con "Barrios Vitales"; Barcelona, con "Superilles"; Melbourne, en Australia, con los famosos "20 Minute Neighbourhoods"; y Shanghái, con "Great City Plan".

Por otra parte, las políticas climáticas globales, con iniciativas tomadas por unos pocos hombres, están condicionando el accionar global. Acuerdos como los de París demandan una acción conjunta de todos los países. Aunque bien intencionados, algunos critican que estas políticas podrían ser usadas para consolidar poder bajo

organismos internacionales. No estamos hablando de científicos capaces de encontrar soluciones, sino de gobernantes tratando de controlar a todos.

Las crisis energéticas también son una triste realidad del grado de manipulación existente. Los problemas de suministro de energía están llevando a propuestas de cooperación global para gestionar recursos claves, pero se sabe muy bien que hay recursos mucho más provechosos y baratos para el mundo. El problema es que detrás de todo esto hay perversos negociados que sin duda ejercen grandes presiones para limitar y controlar la explotación.

La pandemia, por su parte, demostró cómo los gobiernos y organismos internacionales como la OMS pueden coordinar políticas globales de control y obligaciones. Las restricciones y mandatos fueron percibidos como preludios de un control centralizado, y nadie pudo oponerse de manera contundente. Ciertamente algunos se negaron a vacunarse, pero no pudieron evitar algunas consecuencias, como por ejemplo la movilidad.

Los permisos sanitarios fueron todo un ensayo de control. Las propuestas de certificados digitales de vacunación o salud alimentan debates sobre libertades individuales frente al control global. No importa cuán bueno digan que esto pretende ser, no deja de significar un control de libertades.

La guerra entre Rusia y Ucrania ha provocado una reorganización en la geopolítica global, destacando bloques como la OTAN, la Unión Europea y la alianza del BRICS. Estas tensiones o conflictos geopolíticos de polarización también podrían acelerar una mayor centralización o control en varias naciones.

Por otra parte, la lucha económica entre Estados Unidos y China, o el ascenso de India, podría conducir a la creación de sistemas globales más rígidos o bloques unificados. La globalización ha interconectado todos los intereses de poder militar y económico, lo que hace que claramente estemos sentados en un verdadero polvorín.

La Agenda 2030 de la ONU, ahora también llamada la Agenda 2045, plantea claros objetivos de desarrollo sostenible. Buscan erradicar la pobreza y cuidar el planeta, pero muchos analistas que se han sumergido en el estudio de dichas propuestas critican que la evolución de esas intenciones inevitablemente terminará allanando el camino a una autoridad global.

Por su parte, el Foro Económico Mundial, con propuestas y conceptos como el “Gran Reinicio”, está causando grandes controversias. Esta organización aboga por reformas económicas y sociales que generan inquietud entre quienes temen un control global, porque solo están planificadas por las grandes corporaciones que manejan el poder económico, y curiosamente, sus propuestas producirían grandes ganancias y poder para ellos. Como

mencioné en capítulos anteriores, la pérdida de valores tradicionales es claramente un gran problema de esta generación. Los movimientos sociales y culturales están transformando los valores fundamentales de la familia y la buena convivencia. Esto pretende facilitar un cambio hacia sistemas que reemplacen principios tradicionales con normativas globales que inevitablemente serán impuestas.

La estandarización de ciertas políticas, que negocian líneas de poder afectando la agenda de las naciones, para que se aprueben temas como el aborto, el matrimonio igualitario o la regulación de redes sociales, está siendo muy clara. La dominación económica y los intereses de poder son utilizados para establecer agendas y aprobar estos tipos de temas.

Sin duda, estas tendencias son una señal de advertencia de un posible sistema global centralizado alineado con profecías bíblicas. Reitero, no enumero algunas de estas evidencias como alguien que presenta como cierta una determinada conspiración. Simplemente analizo y manifiesto algunos movimientos globales comprobables y los comparo con ciertas profecías que, para cumplirse, hacen imperiosamente necesario un gobierno global más contundente, que no es otro que el que proporcionará la oportunidad a la manifestación física del anticristo.

Igualmente, ¿podríamos decir que aún estamos lejos de un gobierno global de control absoluto? Bueno, todo depende. Si observamos que lo único que necesitamos es una crisis lo suficientemente grande, yo diría que no estamos tan

lejos, porque actualmente, el mundo enfrenta un panorama bélico complicado, con el mayor número de conflictos activos desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Según datos recientes, hay al menos 56 guerras y conflictos armados en curso, involucrando a más de 90 países, lo que refleja una intensificación de la inestabilidad global. Obviamente menciono los mayores conflictos como el de Ucrania, que sufre la invasión rusa, porque es uno de los conflictos más devastadores de las últimas décadas, con altos niveles de destrucción y millones de desplazados.

También tenemos en Gaza, la escalada entre Israel y Hamas, que marcó un nuevo nivel de violencia en Medio Oriente. Actualmente, Sudán también está sufriendo uno de los conflictos más letales de su historia, con miles de muertos y desplazados debido a enfrentamientos entre facciones militares rivales.

Países africanos como Níger y Malí están sumidos en inestabilidad, agravada por golpes militares recientes y presencia de grupos extremistas. En Etiopía y Birmania tenemos conflictos que incluyen crisis humanitarias y masivos desplazamientos internos. El enfrentamiento entre Armenia y Azerbaiyán también sigue generando tensiones regionales.

En Colombia y en México, tenemos numerosos conflictos armados relacionados con el narcotráfico, y no son los únicos de este tipo en América Latina. Estos conflictos

son agravados por factores como la competencia por recursos, el nacionalismo, el extremismo y la falta de resolución diplomática efectiva. Además, algunos analistas advierten que estas tensiones podrían facilitar un aumento en la cooperación internacional hacia una estructura de gobernanza global o, por el contrario, profundizar divisiones y alianzas estratégicas de poder.

La verdad es que el riesgo de una Tercera Guerra Mundial es una preocupación creciente debido a las tensiones geopolíticas, las rivalidades entre superpotencias y los conflictos en varias regiones clave. Si bien no hay indicios claros de que estemos al borde de un conflicto global inminente, varios factores podrían aumentar la probabilidad de un enfrentamiento a gran escala.

Por ejemplo, las disputas territoriales entre China y países vecinos como Taiwán, Japón y Filipinas, sumado al apoyo de Estados Unidos a Taiwán, representan un punto de fricción importante. China ha aumentado su actividad militar, lo que podría derivar en un enfrentamiento directo. Por su parte, Corea del Norte amenaza a Corea del Sur, mientras hace alarde de su potencial nuclear y juega ciertas simpatías con Rusia.

La carrera armamentista, incluyendo el desarrollo de tecnologías como misiles hipersónicos y armas cibernéticas, aumenta las posibilidades de un error de cálculo militar. El panorama nuclear actual es bastante preocupante. Los especialistas dicen que el "Doomsday Clock" (Reloj del

Juicio Final), una medida simbólica creada por el Boletín de Científicos Atómicos, está a **“90 segundos de la medianoche”**, y esto implica que es lo más cerca que ha estado de una catástrofe global.

Además, el nivel de alerta DEFCON, que es un estado de alerta militar de los Estados Unidos para indicar la gravedad de una amenaza y la preparación para un ataque nuclear, está en **“nivel tres”**, lo que indica una preparación militar elevada debido a las tensiones globales. La situación se agrava con la modernización y expansión de los arsenales nucleares de varias potencias, lo que aumenta el riesgo de una guerra nuclear por error o mal cálculo.

El riesgo de una Tercera Guerra Mundial está en un claro punto de inestabilidad. Las tensiones actuales y la falta de mecanismos efectivos de resolución de conflictos hacen que sea un escenario posible si no se toman medidas diplomáticas. La prevención de conflictos y el fortalecimiento del diálogo internacional son esenciales para evitar una escalada global.

¿Tiene que suceder una guerra mundial? Bueno, puede ser una guerra, o puede ser otra cosa, pero seguramente habrá una crisis de tal magnitud que dará lugar a un gobierno global a través del cual se manifestará el anticristo. La Iglesia parece estar jugando a las reuniones y los eventos internos. Algunos grandes ministerios parecen grandes elefantes que hay que alimentar, con lo cual, en lugar de tener una gran capacidad de expansión, solo tienen una gran capacidad de atracción

para juntar recursos necesarios para alimentar al gran elefante.

Los ministerios pequeños trabajan con el único enfoque de crecer, y los que han crecido ponen a trabajar a su gente para sostener lo que han logrado. En definitiva, tenemos demasiados intereses que nada tienen que ver con el Reino, pero no nos permiten la libertad para la expansión.

Lo que creo que debemos hacer es devolverle la Iglesia al Señor. Permitir que el Espíritu Santo gobierne las acciones de los santos. Conectar a la gente con el Señor y no con los mezquinos intereses de los líderes, y debemos ofrecer una batalla a lo que está ocurriendo en el mundo.

Entiendo que ante la situación actual, cualquiera me diría que es una utopía, o que estamos demasiado lejos para ofrecer algo así, pero déjenme decirles que así como una guerra nuclear es posible y está tan cerca como el clic de un botón, la Iglesia puede ofrecer batalla y está más cerca de lo que pensamos de lograr una plena capacidad. Tan cerca como la entrega y la humildad que tengamos de permitirle al Señor que haga todo lo que solo Él puede hacer.

“El discípulo que se mantiene unido a mí, y con quien yo me mantengo unido, es como una rama que da mucho fruto; pero si ustedes se separan de mí, no podrán hacer nada”.

Juan 15:5 BLS

Capítulo siete

LA IGLESIA EN LA RECTA FINAL

“Pero ustedes son linaje escogido, para que sirvan como sacerdotes para el reino; pueblo santo, congregación redimida para que anuncien las glorias de Aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable, los que en otro tiempo no eran considerados pueblo, pero ahora son pueblo de Dios, y no había misericordia para ustedes, pero ahora ha sido derramada sobre ustedes misericordia. Amados míos, les ruego como a extranjeros y peregrinos que son, que se aparten de todas las pasiones carnales que combaten contra el alma, y que su forma de vivir sea virtuosa ante todos los hombres, para que los que hablan contra ustedes palabras malignas, vean sus buenas obras, y glorifiquen a Dios en el día de la visitación”.

1 Pedro 2:9 al 12 PESHITA

El Reino será manifestado con toda plenitud en la venida de nuestro Señor, pero nosotros hoy debemos vivirlo con la mayor plenitud posible. El mundo no vive Reino, porque permanece bajo el poder del maligno, pero la Iglesia

ha sido trasladada al Reino del Señor y debemos manifestar esta gracia maravillosa (**Colosenses 1:13**).

Si deseamos ser efectivos en esto, primeramente se nos tiene que revelar el Reino en nuestros corazones, porque si no podemos romper primeramente nuestros propios límites, difícilmente aumentaremos las expresiones de nuestra fe. Lo primero que determina la verdad es nuestra posición y nuestra identidad en Cristo. Si no comprendemos eso, aun nuestras oraciones estarán fuera de Pacto.

La identidad revelada es la que nos permite comprender nuestros derechos y nuestro potencial. Por eso, la primera intención de Satanás con Jesucristo fue el cuestionamiento de Su identidad. “*¿Si eres Hijo de Dios!*” no fue una frase inocente, fue la estrategia de generar un conflicto. Jesús estaba claro de Su posición y Sus derechos, fue por eso que no tropezó con ninguna de las propuestas del maligno.

Jesús fue cuestionado por sentarse a comer con prostitutas, cobradores de impuestos, publicanos y pecadores. Incluso Sus discípulos solían quedar a las puertas de esos encuentros. Los judíos religiosos se preguntaban: ¿Cómo es que se sienta con esta gente? ¿Cómo puede compartir con estos pecadores?

Cuando Jesús estaba en la casa de Simón el fariseo, entró una mujer pecadora para ungerlo y pedirle perdón. Entonces Simón dijo en su corazón: “*Este, si fuera profeta,*

conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora” (Lucas 7:39). Es decir, lo llamaban Rabí, pero dudaban de su identidad. Lo que entiendo de esto, al analizar el pasaje y al observar la Iglesia actual, es que en lugar de entender a nuestro Señor, hemos entendido más el lenguaje de los religiosos.

Esto lo creo porque siempre nos ha sido más fácil cuestionar a quienes han pretendido actuar normalmente que calificar rápidamente lo que es pecaminoso. La Iglesia siempre ha identificado el pecado, pero no ha comprendido los alcances y el poder de la santidad. Todo lo pecaminoso nos parece peligroso y la santidad demasiado frágil o fácil de perder.

Es como si siempre hubiéramos considerado que las tinieblas son peligrosas y la luz fácil de apagar, como si el pecado fuera muy fuerte pero la santidad extremadamente débil. Siempre nos enseñaron que los pecadores pueden contagiar a los santos, pero no nos enseñaron a pensar que los santos podemos afectar a los pecadores, tal como hacía nuestro Maestro Jesús.

Con esto no estoy insinuando que no debemos tener cuidado o que livianamente debemos penetrar el sistema. Lo que digo es que si se nos revela quiénes somos en Cristo y lo sólido de nuestra posición en Él, no andaremos con miedo para expresar el Reino, sino que tendremos la certeza y la capacidad de manifestarnos libremente. De eso se trata la fe.

La preparación de la iglesia para esta tarea, y de cara al cumplimiento de las profecías bíblicas para los últimos tiempos, es un tema fundamental que debemos evaluar cuidadosamente. Es decir, no hay duda de que toda actividad que normalmente desarrollamos contribuye a la madurez y la consolidación espiritual, pero creo que también debemos tener un enfoque preciso en el tema de la enseñanza.

Por supuesto, al ser maestro, esta es una carga especial para mí, pero lo digo porque todos los ministros encargados de la enseñanza debemos forjar una clara solidez con respecto a la identidad de los santos, y debemos enseñar sobre el propósito como algo más trascendente que una simple preservación. Debemos definir dimensiones de Reino hasta la venida del Rey, y eso nos otorgará una amplitud y un empoderamiento que no hemos tenido hasta el momento.

Según la Biblia, la preparación que necesitamos para los últimos tiempos no solo implica estar alerta a las señales, sino también cumplir con la misión que Jesús nos encomendó.

“Por eso, estén siempre alertas y oren, para que sean considerados dignos de escapar de estas cosas que han de acontecer y permanezcan firmes ante el Hijo del Hombre”.

Lucas 21:36

Esto implica una relación constante y profunda con Dios, permitiendo que el Espíritu Santo nos guíe y nos dé

discernimiento de todo, así como nos ayude en la santificación personal en cuerpo, alma y espíritu:

“Y el mismo Dios de paz los santifique por completo a todos ustedes, y mantenga irreprochable todo su espíritu, alma y cuerpo, hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo”.

1 Tesalonicenses 5:23

La traducción de esta curiosa palabra “irreprochable” está formada con raíces latinas y significa “que no se puede corregir o amonestar”. Sus componentes léxicos son el prefijo “*in*” que significa “no”, “*prehendere*” que significa “agarrar o capturar”, más el sufijo “*ble*” que significa “que puede”. Es decir, que significa alguien que no puede ser agarrado de ninguna manera por nada malo. Así debemos ser los hijos de Dios.

Jesús tiene mucho que enseñarnos respecto de esto, porque Él se mantuvo irreprochable toda Su vida, y además soportó el más feroz ataque de las tinieblas que podamos imaginar. Su actitud, antes de la crucifixión, nos deja un claro concepto de preparación antes de la manifestación global del anticristo.

“No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí”.

Juan 14:30

Mientras Jesús estaba en el aposento alto, compartiendo con Sus discípulos la última cena, Su mente no solo estaba enfocada en compartirles el pan y el vino, sino que también escuchó acercarse los pasos de Su mayor adversario, Satanás. De hecho, mientras Jesús compartía con Sus amados discípulos esta fundamental enseñanza para que lo recuerden por siempre, Satanás estaba ocupado trabajando a través de Judas el traidor, y de los intrigantes líderes judíos, y de los soldados del templo, que ya estaban armados, esperando el momento oportuno para prenderlo.

Su tiempo con los discípulos se estaba terminando aquí en la tierra, porque venía el príncipe de este mundo para su momento de aparente victoria. Por esto el Señor les dijo: ***“No hablaré ya mucho con vosotros”***. La traición de Judas, Su arresto, Su juicio y crucifixión tendrían lugar en muy pocas horas.

A lo largo de todo Su ministerio público, Jesús no dejó de sufrir de múltiples maneras los continuos ataques de Satanás. Sin embargo, Él había manifestado una perfección absoluta en todo cuanto dijo e hizo. Había sido probado en todas las áreas posibles, sin que se encontrara en Él ninguna impureza. Todos los ataques del enemigo habían fracasado, y llegaba al final de Su carrera con absoluta perfección. Por eso dijo: ***“El diablo no tiene parte en mí...”***

Es interesante notar que el Señor tenía mucho interés en que los discípulos percibieran la auténtica dimensión espiritual de todo lo que estaba por ocurrir en las próximas

horas, tanto en Getsemaní como en el Calvario. No era simplemente un desencuentro entre el Señor y las autoridades judías. Había mucho más que eso. Las mayores potencias espirituales de maldad se estaban organizando con el príncipe de este mundo a la cabeza.

La Biblia no duda en afirmar que el diablo gobierna en los corazones de la gran mayoría de la humanidad. ***“Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno”*** (1 Juan 5:19). Esto no implica que debemos tener miedo, sino reconocer sus maquinaciones y la forma de sobrellevar sus ataques a través de ser irreprochables, como nos enseñó Jesús. En la batalla cultural que debemos librar, el arma más poderosa es nuestra santidad.

Es verdad que somos débiles y que también luchamos con una naturaleza pecaminosa que pugna por volver a gobernar, pero también vivimos en Cristo y tenemos Su Espíritu Santo, quien nos ayuda en nuestra debilidad y nos empodera para caminar en integridad. El Señor no solo nos dejó una enseñanza, sino Su propia vida para que podamos vencer.

“Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne

y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás”.

Efesios 2:1 al 3

El apóstol Pablo nos recuerda que antes de conocer al Señor estábamos muertos, pues hacíamos el mal y vivíamos en pecado, siguiendo el mal ejemplo de la gente de este mundo, y obedeciendo los designios del maligno, que hasta el día de hoy gobierna sobre los malos espíritus y domina a las personas que desobedecen a Dios. No debemos ignorar el poder que opera en este mundo, y no debemos olvidar que si estuvimos en esa cautividad, solo hemos salido por el poder de Dios.

Al ver a Jesucristo y comprender Su dependencia del Padre y Su entrega a la dirección del Espíritu Santo, debemos asumir que no hay esperanza de ser efectivos en el propósito, si no obramos con esa misma actitud. El pecado es lo que le da el poder a Satanás para controlar a las personas, pero cuando se trata de Jesús, no hay pecado en Él, y por esa razón, nosotros debemos vivir ajustados a Su persona, porque eso nos libraré de todo mal.

El diablo no pudo dominar a Jesús y tampoco lo hará con nosotros. Así es como debemos entender lo que Jesús le expresó a Sus discípulos: *“el diablo no puede hacer ninguna reclamación legal contra mí, no tiene ningún dominio sobre mí...”* Con esto queda clara la absoluta perfección moral y espiritual de Jesús, y lo que eso debe implicar para nosotros.

Es verdad que nosotros todavía tenemos una naturaleza que pugna por el mal, y que somos débiles en relación con Jesús, porque Él solo portaba pureza. Satanás no pudo encontrar grietas en Su armadura, ni defectos que explotar, ninguna debilidad que tentar y ningún pecado que condenar. Sin embargo, nosotros sí podemos decir que tenemos Su Espíritu y en Él habitamos, por lo tanto tenemos una capacidad de preservación para avanzar en este mundo.

Debemos fortalecer la comunión con todos los hermanos. Hoy demasiada gente está viviendo el evangelio sin congregarse. No considero esto por cuestiones religiosas, sino por la unidad espiritual que produce poder y testimonio. Jesús dijo: ***“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste”*** (Juan 17:20 y 21).

La unidad espiritual es necesaria para evidenciar al sistema que la iglesia es poderosa y corporativa. No deberíamos exponer al mundo una Iglesia institucional y llena de estructuras religiosas, sino una Iglesia comunitaria, llena de vida y de verdad. Una iglesia que funcione en la unción verdadera, de manera que ante las futuras presiones del mundo, podamos ser irreprochables, irreductibles, inquebrantables y trascendentes.

Entiendo que algunos podrán opinar que dicha iglesia no es posible, porque el estado actual dista mucho de tal

condición, pero yo tengo mucha fe, porque la Iglesia sigue estando bajo el gobierno de Dios, y como mencioné anteriormente, *“lo que es imposible para los hombres, es posible para Él”*. Lo que me apena es pensar que, para lograrlo, tenga que sacudirnos fuertemente.

La Iglesia debe volver a la predicación pura del evangelio del Reino, porque ese es el evangelio que debe ser predicado antes del fin (**Mateo 24:14**). Esto implica mucho más que un mensaje, implica la expresión de la vida bajo el gobierno de Dios. Implica obras, justicia, misericordia, generosidad, gozo como fortaleza, y luz, mucha luz.

La Iglesia debe estar preparada para las persecuciones, Jesús advirtió sobre tiempos de tribulación (**Mateo 24:9 al 13**). Esto implica fortalecer la fe, estar firmes en las convicciones y mantenernos cargados de resiliencia espiritual. No podemos entrar a estas capacidades con mentalidad de víctimas, debemos identificarnos correctamente y obrar en el poder de la revelación.

Por otra parte, debemos tener un gran discernimiento espiritual, para evitar ser engañados por falsos ministros, falsas doctrinas, falsas unciones y falsas señales, tal como se menciona en **Mateo 24:24**. Las tinieblas van a procurar una peligrosa penetración en la Iglesia, debemos estar atentos y finos a la hora de escuchar y ver todo lo que acontezca.

Seguramente algunos claudicarán, otros abandonarán la fe, otros apostatarán siendo engañados perversamente,

pero al final, la Iglesia saldrá triunfante, y en la venida de nuestro Señor, estaremos listos para recibirlo. Debemos confiar en las promesas de Dios (**Apocalipsis 21:4 y 5**).

La preparación de la iglesia debe ser integral y su manifestación debe ir más allá de toda actividad litúrgica. Recordemos que hay presiones que crecerán e impedirán ciertas libertades. La Iglesia debe expresarse en la comunidad y en todos los estratos de la sociedad. Esto implica que más allá de las hostilidades, debemos manifestar integridad, responsabilidad y ética en todas las áreas de la vida.

No es creíble el evangelio en la boca de gente complicada, conflictiva, irresponsable o con falta de integridad. Los hijos de Dios debemos ser ejemplo, por causa de nuestro Padre, debemos ser excelentes en todo lo que hacemos. Los jóvenes que estudian deben ser brillantes, los comerciantes honestos, los patrones generosos, los empleados cumplidores, los que tienen un oficio deben trabajar con excelencia.

Esto no implica que no tengamos luchas, porque las hostilidades no provienen de carne y sangre, sino que el mundo espiritual es el que se levanta contra los hijos de la Luz, pero aun así, debemos ser diferentes y capaces de soportar toda confrontación.

Cuando el sistema se torne más hostil, la Iglesia será presionada para que sea parte del sistema, pero hay cosas que no debemos aceptar, aun a pesar de grandes costos. La

persecución primeramente será ideológica, pero luego todo el sistema se volverá en nuestra contra, y la violencia con la cual seremos atacados no tendrá precedente alguno.

Recordemos lo que Jesús dijo: ***“Acordaos de la palabra que yo os dije: Un siervo no es mayor que su señor. Si me persiguieron a mí, también os perseguirán a vosotros; si guardaron mi palabra, también guardarán la vuestra”*** (Juan 15:20). Pensemos en lo que dijo Pedro: ***“porque ustedes han sido llamados para este propósito, ya que Cristo sufrió por ustedes, dejándoles un ejemplo para seguir sus pasos... Por tanto, puesto que Cristo ha padecido en la carne, armaos también vosotros con el mismo propósito, pues quien ha padecido en la carne ha terminado con el pecado”*** (1 Pedro 2:21, 4:1).

Como cristianos, no debemos sorprendernos de la hostilidad y de las persecuciones que se vendrán. Amar al Señor, vivir una vida santa y hablar el evangelio del Reino resultará en sufrimiento. ***“Y en verdad, todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos”*** (2 Timoteo 3:12). Hay países en Asia, África y el Medio Oriente, donde los cristianos ya están siendo perseguidos, maltratados, golpeados, encarcelados y a veces incluso asesinados.

Pero debemos saber que las presiones crecerán a nivel global y, en la plena manifestación del gobierno del anticristo, la hostilidad será feroz. Hoy en día, hay más de 360 millones de cristianos en todo el mundo que sufren altos

niveles de persecución y discriminación por su fe. La creciente ola de violencia contra los cristianos no muestra señales de disminución, sino de aumento.

En todo el mundo se denuncian incidentes de ataques a iglesias, a través de incendios, demoliciones o saqueos, no solo de templos, sino también de hogares cristianos. Hay miles de reportes de agresiones físicas, arrestos, encarcelamientos, secuestros, estupro, torturas y asesinatos. Se estima que 312 millones de cristianos en 76 países sufren niveles extremos de violencia, cifra que se ha duplicado en los últimos 30 años.

Esta trayectoria indica una clara tendencia creciente de la violencia contra los cristianos en los próximos años. Tal vez algunos lectores de este libro sean ciudadanos de países en donde todavía se disfruta la libertad, pero cuidado, no estamos lejos de que todo esto nos alcance. Los tiempos que se vienen serán terribles.

Jesús también enseñó: ***“Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis odiados de todas las naciones por causa de mi nombre”*** (Mateo 24:9). ***“esos días serán un tiempo de tribulación como no ha ocurrido desde el comienzo de la creación”*** (Marcos 13:19). ***“Pero seréis entregados aun por padres, hermanos, parientes y amigos; y matarán a algunos de vosotros”*** (Lucas 21:16). Entre los muchos pasajes que brindan detalles en el libro de apocalipsis, podemos leer lo siguiente:

“Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra? Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos”.

Apocalipsis 6:9 al 11

Debemos saber por las Escrituras que en el punto más bajo de la semana 70 de Daniel, el Anticristo se revelará y, habiendo tomado el control del mundo, desatará una gran persecución, primero contra los judíos y después contra los cristianos (**Mateo 24:9 al 10, 15 al 26; Apocalipsis 12:13 al 17**). Esto no nos encontrará sobre una nube tocando el arpa o participando de una fiesta, estaremos en medio, dando testimonio del Reino, aun en medio de semejante presión.

Ahora bien, no solo serán los poderes gubernamentales los que nos perseguirán, sino también algunos religiosos apóstatas que harán sus perversos deberes con el sistema: ***“Muchos tropezarán entonces y caerán, y se traicionarán unos a otros, y unos a otros se odiarán”*** (Mateo 24:10). Pero lo peor será cuando la traición no solo sea de religiosos, sino también de familiares y amigos: ***“Y el hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra los padres, y les causarán la muerte”***

(Marcos 13:12). Sin duda, algo así será muy doloroso y difícil de sobrellevar, pero no debemos claudicar ante nada.

El enemigo, expresando todo su veneno a través del anticristo y el falso profeta, estará expandiendo un gran odio hacia el pueblo de Dios, y, por lo tanto, los incrédulos engañados van a ir tras los cristianos, se opondrán violentamente contra nuestra fe y aun procurarán la muerte de muchos de nosotros. Este definitivamente será el momento más difícil para los cristianos en esta tierra. **Apocalipsis 13:7** nos dice claramente: ***“Se le concedió hacer guerra contra los santos y vencerlos; y se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación”***.

Sé que esto parece muy lejano, y para algunos algo imposible, pero es la verdad, y estamos mucho más cerca de todo esto de lo que podemos imaginar. La Iglesia será perseguida violentamente antes de la venida de Cristo. Pero no hay duda de que venceremos. Solo debemos creer y prepararnos para la batalla que se nos viene.

Jesús también enseñó: ***“Bienaventurados los que han sido perseguidos por causa de la justicia... regocijaos y alegraos, porque vuestra recompensa en los cielos es grande”*** (Mateo 5:10-12). ***“No temas lo que estás por sufrir. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida”*** (Apocalipsis 2:10).

Cuando planteo una batalla cultural, no estoy haciendo foco en lo natural, sino en lo espiritual. No he tratado el concepto de cultura solo como la expresión del arte, sino como el todo, respecto de la expresión de la vida. No pensemos que los ataques vendrán contra reuniones de culto, sino contra todo lo que creemos y vivimos. Debemos estar firmes y entender que vivir el Reino no tiene que ver solo con nuestros cultos, sino con toda nuestra cultura en general.

Nuevamente, permítanme reiterarlo: “No me refiero a la subcultura evangélica que expresamos entre cuatro paredes, me refiero a la vida, a los principios, a los valores, a las ideas, a los fundamentos, a la fe, a la verdad, a todo lo que el Señor ha puesto en nuestras manos”. Veamos y vivamos honestamente comprometidos, porque los tiempos que se vienen no son para los tibios.

“Tuyos son, Señor, la grandeza y el poder, la gloria, la victoria y la majestad. Tuyo es todo cuanto hay en el cielo y en la tierra. Tuyo también es el reino, y tú estás por encima de todo”.

1 Crónicas 29:11



Capítulo ocho

CULTURA Y REFORMAS

“No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente. Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta”.

Romanos 12:2 NVI

En este último capítulo quiero mostrarles que mi planteo no es una utopía, y tampoco es algo novedoso. Esto de la cultura penetrando el sistema ya ha ocurrido con anterioridad. Por supuesto, en diferentes épocas y lugares se han producido desde la Iglesia fenómenos espirituales que lograron modificar las expresiones culturales. Sin embargo, a mi criterio, los dos movimientos más fuertes que se han vivido son los de los primeros tres siglos del cristianismo y luego, el de la gran Reforma del siglo XV.

En los tres primeros siglos, los cristianos fueron perseguidos más que cualquier otro grupo religioso. Fueron vistos como una amenaza para el orden social, debido a que

se negaron a honrar a otros dioses o, como era costumbre, adorar al emperador.

Los cristianos, por causa de sus claras convicciones, eran vistos como ofensivos y eran excluidos de los círculos de influencia y, a menudo, eran violentamente perseguidos. La iglesia cristiana era la expresión comunitaria de personas diferentes que producían un gran contraste con el resto de la sociedad. Eran una contracultura ofensiva, pero a la misma vez atractiva para muchos.

Sin duda, la base de esta inusual expresión fue el claro sentido de identidad espiritual. El cristianismo introdujo al pensamiento humano el concepto de que se podía elegir una creencia diferente a la impuesta por la cultura familiar o territorial. También afirmaron radicalmente que la fe en Cristo los convertía en nuevas criaturas, con nueva identidad y ciudadanía.

“Todos los días se reunían en el templo, y en las casas partían el pan y comían juntos con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y eran estimados por todos; y cada día el Señor hacía crecer la comunidad con el número de los que él iba llamando a la salvación”.

Hechos 2:46 y 47

Esto significaba, para escándalo de la sociedad romana, que todos los cristianos, ya fueran esclavos, libres o de alta alcurnia, sin importar su raza y nacionalidad, se consideraban ciudadanos celestiales y semejantes a Cristo en

esencia e identidad (**Gálatas 3:26 al 29**). Este fue un desafío radical para la estructura social arraigada y las divisiones de la sociedad romana.

Por otro lado, la iglesia se manifestaba unida, aunque compuesta de personas de diferentes niveles sociales, económicos, educacionales y raciales. Esto era algo inexplicable para la época, porque nunca había ocurrido algo así. A lo largo del libro de Hechos vemos una notable unidad entre personas diferentes.

En esa época, los cristianos fueron a menudo excluidos y criticados, pero también fueron activamente perseguidos, encarcelados, atacados y asesinados. Sin embargo, los cristianos enseñaron el perdón y retuvieron represalias contra los oponentes. Esto era inaudito en una cultura de vergüenza y honor en la que se esperaba venganza. Los cristianos no ridiculizaban ni se burlaban de sus oponentes, y mucho menos respondían con violencia.

Aunque se esperaba que cada familia o tribu cuidara de sus pobres, la ayuda indiscriminada de los cristianos a todos los pobres, incluso de otras razas y religiones, como se enseña en la parábola de Jesús del buen samaritano, fue sin precedentes (**Lucas 10:25 al 37**).

De hecho, los historiadores destacan que durante las plagas urbanas, que fueron varias en esa época, los cristianos no huyeron de las ciudades, sino que se quedaban para cuidar a los enfermos y moribundos de todos los grupos sociales, a

menudo a costa de sus propias vidas. Sin dudas, estas expresiones de amor y misericordia hicieron una fractura a la cultura de aquellos días.

En esa época, no era que los cristianos se opusieran al aborto, porque el aborto era peligroso y casi inexistente. La práctica más común no era abortar, sino desechar a los bebés recién nacidos. Esto era denominado como “exposición infantil”. Los niños no deseados eran literalmente arrojados a los montones de basura para morir, o para ser llevados por los comerciantes a la esclavitud y la prostitución. Generalmente, los cristianos salvaban a esos niños y se los llevaban con ellos para criarlos y darles una vida digna.

Por otro lado, la cultura romana insistía en que las mujeres casadas de estatus social alto, se abstuvieran de tener relaciones sexuales fuera del matrimonio, pero se esperaba que los hombres, incluso los casados, tuvieran relaciones sexuales con personas más bajas en la escala social, como era el caso de los esclavos, las prostitutas o incluso niños entregados por sus padres a cambio de dinero. Esto no solo estaba permitido, sino que se consideraba inevitable.

Esto se debió, en parte, a que el sexo en esa cultura siempre se consideraba una expresión de estatus social. El sexo se veía principalmente como un simple apetito físico que era irresistible. Sin embargo, las normas sexuales de los cristianos eran diferentes, y eso llamaba mucho la atención. Los cristianos rechazaban cualquier tipo de intimidad sexual fuera del matrimonio heterosexual.

Los cristianos también impusieron el trato igualitario, todos trataban a todas las personas como iguales y rechazaban el doble estándar de género y condición social. Esto era muy extraño en aquellos días, y más allá de lo despreciable que era para los que practicaban estas tendencias, era muy deseable y bien recibido por los débiles, los despreciados y los desfavorecidos del sistema.

Debido a que la iglesia primitiva no encajaba en su cultura circundante, sino que la desafió en amor, es que el cristianismo finalmente tuvo tal efecto en ella. Los valores personales, familiares, laborales y sociales eran muy diferentes a los vividos en aquella época, por lo cual, el cristianismo produjo un cambio cultural imborrable. Esto fue así, mucho más allá de las persecuciones. De hecho, la violencia y la muerte contra los cristianos terminaban sellando la esencia divina de la Iglesia.

La segunda gran batalla cultural de la Iglesia se produjo luego de la gran reforma protestante. Los reformadores y la rápida adhesión de la gente renacida, agazapada por causa de la estructura católica y a la espera de un cambio genuino, hicieron que se expandiera por todo el territorio europeo y posteriormente a otros continentes, una manera diferente de vivir el evangelio y de practicar la fe.

De este movimiento reformista nacieron diferentes denominaciones, pero nadie puede negar que la expansión de la fe protestante produjo un claro desarrollo humano en varios aspectos de la sociedad. Incluso, creo que dichos

cambios son importantes para poder comprender distintas situaciones sociales que se han heredado hasta los tiempos actuales, los cuales de una u otra forma han producido transformaciones significativas en la sociedad.

Estos cambios han producido una serie de contribuciones en diferentes campos del desarrollo humano, algunos de ellos han brindado aportes valiosos a pueblos y sociedades, logrando que se incorporen como parte de su dinamismo cotidiano e identidad cultural.

El impacto y la influencia de la Reforma Protestante fueron sociopolíticos, económicos y culturales, los cuales no solo han contribuido a la transformación de la sociedad, sino también del ser humano en todas sus dimensiones, al grado de sentar las bases de la sociedad moderna.

Los cristianos protestantes involucrados estratégicamente en la política y el poder promovieron la división entre la Iglesia y el Estado, debido a que el poder secular estaba por debajo del poder religioso. Esta separación produjo el crecimiento de una fe genuina, una espiritualidad personal, una libertad de pensamiento absoluto y un gran desarrollo de las ciencias en bien del progreso social.

La supremacía de lo religioso sobre lo político, permitió durante siglos no solo el abuso de un sector de la Iglesia Católica hacia la población más vulnerable, sino también promovió la injusticia social, con la finalidad de

financiar los perversos proyectos institucionales de expansión y enriquecimiento obsceno.

La Iglesia Católica de Roma fue parte del sistema político y económico imperante anterior a la Reforma, y ejerció el poder político y económico para expandirse. Esto incluyó el impulso bélico y cambiantes alianzas políticas capaces de afectar el sistema mercantil y financiero.

La Iglesia durante siglos impuso el control en la estructura social por medio de poderosos acuerdos con la sociedad feudal, que estaba estructurada bajo la dominación de príncipes y la burguesía mercantilista. Esto le generó grandes beneficios económicos y por ende de poder político. La expansión de los cristianos protestantes puso un límite absoluto a esa perversión y la sociedad en general aceptó complacida la intervención protestante.

La separación entre el poder religioso y el poder político permitió la libertad de pensamiento y estableció normas de conducta como las del orden social y estatal. Esto produjo que el pensamiento no estuviera sujeto a leyes eclesiásticas, sino que las personas encontraran libertad de forma crítica para reflexionar acerca de un sinnúmero de temas culturales.

Por causa de los cristianos protestantes, el desarrollo de la ciencia a partir del siglo XVI comenzó a crecer vertiginosamente y se estableció la división entre la fe y la razón. Esto produjo el nacimiento de perspectivas más

independientes, en las cuales se podía discutir libremente cuestiones desde un punto de vista racional, cosa que el catolicismo tenía prohibido. La ciencia dejó de estar en conflicto con la fe, la doctrina o la Biblia, y comenzó a funcionar de manera autónoma, lo cual permitió su expansión.

Los tres objetivos principales que persiguió la Reforma Protestante permitieron el desarrollo del pensamiento científico y el progreso de la ciencia, lo cual afectó para bien a toda la sociedad. A la misma vez, la iglesia protestante no degradaba valores espirituales, sino que, por el contrario, restauró la verdadera disciplina de la Iglesia, disminuida por los abusos de la Curia romana y el desenfreno de una parte del clero. Se revisaron varias doctrinas y se procuró regresar a la simplicidad del cristianismo primitivo.

De este modo, la Reforma del siglo XVI contribuyó al origen de las ciencias modernas, las cuales se caracterizan por tener métodos propios y el distanciamiento de la razón en relación con la fe. Estas tendencias y otras que se fueron sumando con el paso de los años permitieron que las ciencias se depuraran en áreas específicas del saber humano. De hecho, los cristianos protestantes de influencia fundaron infinidad de escuelas primarias, secundarias y las más prestigiosas universidades del mundo.

También en el orden político, la Reforma sirvió de plataforma para la creación de un sistema democrático de gobierno alternativo para diferentes estados del mundo. Este

sistema se caracterizó por la autonomía local y nacional, el cual instituyó la práctica del voto secreto e inviolable como responsabilidad ciudadana. Esto, a su vez, trajo como consecuencia la reestructuración de los gobiernos, debido a que el poder comenzó a dividirse en legislativo, ejecutivo y judicial.

Este sistema democrático se antepuso al absolutismo o los reinados teocráticos que apoyaba el papado. Asimismo, algunos reinados de Europa ejercían el absolutismo de forma vehemente sobre el pueblo, con la bendición de la Iglesia, lo que producía pobreza, miseria y desigualdad social. Por medio de la creación de los tres poderes se disminuyó la autoridad de los jefes abusadores y se buscó la justicia a través de gobiernos más equilibrados.

Desde los inicios de la Reforma Protestante, los líderes criticaron fuertemente la acumulación de bienes materiales por parte de la Iglesia Católica y allegados de la misma. Acusaron al papa y al poder de Roma de generar abusos de poder, explotación del pueblo, pobreza y ruina. Por eso, los reformadores, desde un punto de vista crítico, se opusieron a las indulgencias, intereses y fianzas, y a la comercialización de bienes religiosos que favorecían solamente a una minoría.

Como medida para contrarrestar estas injusticias, se propuso realizar una serie de acciones como las denuncias contra los abusos y engaños mercantiles, o incluso la proposición de una nueva ética laboral para paliar las injusticias. Esto evidenció un gran compromiso cristiano en

todas las esferas de la sociedad y la profesión cotidiana, a partir de los mensajes del evangelio.

Esta nueva ética laboral produjo un fuerte impacto en los años posteriores a la Reforma, de modo que originó la organización del trabajo libre, racional y con derechos. Este, sin duda, fue un aporte significativo de la Reforma Protestante, pues algunos de sus enunciados se transformaron en principios fundamentales de los Derechos Humanos, conocidos aun en la actualidad.

En efecto, esta ética del trabajo considera que Dios es el centro y que todos los seres humanos están comprometidos con este ser Supremo, de manera que el trabajo tiene una perspectiva bíblica liberadora. Por otra parte, el desarrollo del capitalismo moderno en Europa creció de forma vertiginosa cuando incluyó dentro de sus estructuras varias doctrinas protestantes, que le ayudaron a justificar y a sustentar la ideología capitalista.

Los misioneros norteamericanos y europeos que se insertaron en las comunidades latinoamericanas, aparte de tener fuertes conflictos con grupos tradicionales católicos, se convirtieron en agentes progresistas liberales y proclamaron la libertad y la democracia como aspectos esenciales dentro del nuevo cristianismo.

Asimismo, la Reforma Protestante incrementó la honestidad y el respeto a las Escrituras, lo que produjo la exaltación de la verdad. Estos valores produjeron en el

ámbito económico una mayor facilidad para los intercambios comerciales y los créditos bancarios. De este modo, las comunidades protestantes se identificaron por tener un mayor progreso económico y por darle a las finanzas un uso más racional de acuerdo a sus circunstancias.

El cristianismo protestante incrementó la cultura del ahorro. Debido al trabajo duro y a la austeridad que manifestaron tanto los hombres como las distintas empresas cristianas, la economía se volvió más pujante. La honestidad de los cristianos constituyó las bases para nuevas sociedades comerciales e industriales, mejores actitudes patronales y el mejor desenvolvimiento de los obreros, debido a que la honestidad, la responsabilidad y el respeto pasaron a ser moneda corriente.

“Sólo podrá entrar en tu templo el que lleve una vida honesta, haga lo justo y sólo diga la verdad; el que no calumnie a nadie, el que no le haga mal a sus semejantes, ni insulte a sus vecinos; sólo el que se aparte de los que Dios desprecia, y el que respete al que teme al Señor; el que cumpla lo que promete, aunque tenga que sacrificarse para hacerlo; el que no cobre intereses por un préstamo, y no se deje sobornar para causar daño a gente inocente. Sólo el que lleve una vida así podrá estar siempre cerca de Dios”.

Salmo 15:2 al 5 PDT

Antes de la Reforma Protestante, la Biblia estaba escrita principalmente en griego o latín y solo podía leerla el

clero católico, por lo que el pueblo estaba excluido de su lectura, incluso bajo amenaza de excomunión. Por su parte, los reformadores promovieron la lectura de la Biblia y para obtener resultados satisfactorios, esta se tradujo a diferentes idiomas, lo cual expandió la verdad del evangelio por diferentes sociedades del mundo.

Sin embargo, se toparon con un problema que procuraron resolver desde un principio: el analfabetismo de los pueblos. Para superar esta problemática, se realizó una campaña educativa que logró reducir en gran manera este flagelo. De este modo, se propagó la libertad intelectual que penetró rápidamente las universidades y los centros de investigación científica.

La traducción de la Biblia en diferentes idiomas produjo como consecuencia un efecto alfabetizador, pues con el inicio de la imprenta se comenzó a producir Biblias en grandes cantidades, lo que permitió sostener el proceso educativo que se venía desarrollando. Este principio educativo logró despertar en los padres y madres de familia el sentido de responsabilidad en la educación de sus hijos mediante las Escrituras, inculcándose así los valores cristianos en miles y miles de hogares.

La humanización del evangelio promovida por la Reforma Protestante permitió la libertad de conciencia no solo para la fe sino también para todas las facultades espirituales y humanas de las personas. Esto permitió un

cambio de actitud de las personas en muchos elementos de la vida cotidiana.

El protestantismo introdujo el concepto de dignidad humana y de los derechos individuales de las personas, así como el derecho de las mujeres. La defensa de las libertades y la dignidad humana, así como el principio de la separación entre Iglesia y Estado, sirvieron de plataforma para entender la dimensión del compromiso social a nivel universal que asumió el cristianismo desde sus orígenes, el cual se extendió rápidamente por todo el mundo, transformando sociedades y pueblos a niveles de mayor equidad y justicia.

La Reforma Protestante produjo cambios profundos en la perspectiva de género, pues tanto los hombres como principalmente las mujeres encontraron el derecho de elegir libremente a su pareja basado en un amor recíproco, y no por la imposición de los padres o los intereses familiares. También las mujeres comenzaron a ocupar puestos de liderazgo en distintas iglesias protestantes, a los cuales se les había negado dentro de la estructura católica.

Sin duda, la Reforma Protestante revolucionó la cultura social en todos los campos, debido a que el pensamiento y la conducta que esos cristianos predicaron y pusieron por obra, fue aceptado como un gran mejoramiento familiar y social en valores, principios y normas de vida. La cultura cristiana pasó de ser una perversa y despiadada autoridad de control, a un mejoramiento humano en todos los aspectos de la convivencia y la libertad.

Estos trascendentes cambios, impulsados por los cristianos protestantes, se hicieron sentir rápidamente por toda Europa, y la despiadada persecución católica no hizo más que ponerle combustible al fuego de estos creyentes verdaderos. Posteriormente, el llamado “espíritu protestante” llegó a Norteamérica y desde ahí también hizo su contribución al mundo y a toda Latinoamérica. Invadida por refugiados de las guerras, que trajeron de todas partes del mundo el avance del evangelio verdadero, produciendo no solo transformaciones, sino dejando tremendos aportes que se convirtieron en los pilares de las sociedades modernas.

Desde el inicio, la reforma promovió el desarrollo de sociedades más justas y evolucionadas. La cultura cristiana afectó todo el mundo conocido y es por eso, que considero que ese poder no se ha perdido. Es verdad, estamos como dormidos en los laureles de la comodidad, pero los últimos tiempos se volverán feroces y la Iglesia verdadera deberá sacar nuevamente su esencia de Reino para brindar batalla al nuevo orden de oscuridad que se viene sobre el mundo.

Lo hicieron los cristianos de los primeros siglos, lo hicieron los cristianos reformadores y debemos nosotros, en este tiempo, volver a comprender que vivir el evangelio del Reino es mucho más que practicar liturgias encerrados entre cuatro paredes. No podemos seguir quejándonos de lo mal que está la sociedad, o de las tinieblas que observamos en el mundo. Debemos ser parte de la batalla cultural que algunos están anunciando y que nosotros como Iglesia no debemos ignorar.

El evangelio de los primeros siglos de la Iglesia expresó la reforma de un Pacto con Israel a un Nuevo Pacto en Cristo. Luego del siglo XV, la Iglesia vivió la reforma de una estructura religiosa y perversa a la libertad propuesta por las Escrituras, la Gracia, la Fe, y la vida en Cristo. Ahora nosotros debemos implementar reformas para quitar estructuras impuestas humanamente y establecer verdades que se han abandonado.

La Iglesia debe recuperar la gloriosa esencia de Cristo, la vida del Nuevo Pacto, el poder de la fe en las Escrituras, la gracia bien entendida y la vida de Reino, que solo puede ser expresada a través de la completa sujeción al Espíritu Santo que nos fue dado. *¡Toda la gloria sea para Dios, quien lo demanda y quien también lo hará posible!*

“Por lo tanto, hermanos, esfuércense más todavía por asegurarse del llamado de Dios, que fue quien los eligió. Si hacen estas cosas, no caerán jamás, y se les abrirán de par en par las puertas del reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”.

2 Pedro 1:10 y 11



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal www.osvaldorebolleda.com y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda

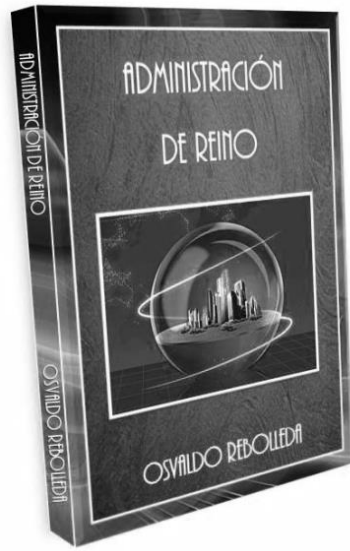
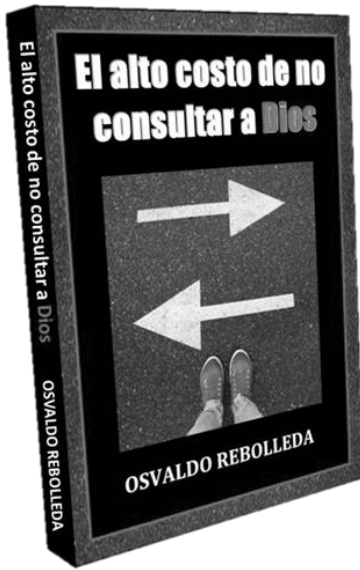


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

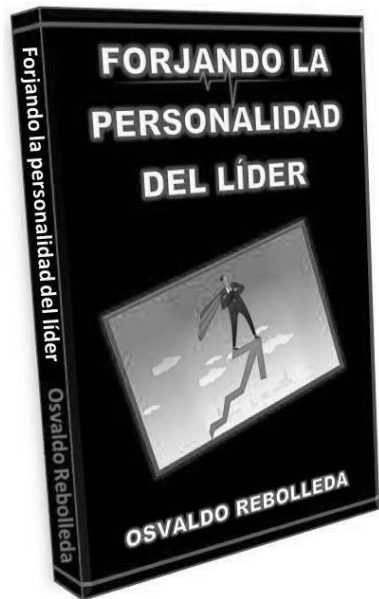
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)
Y ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

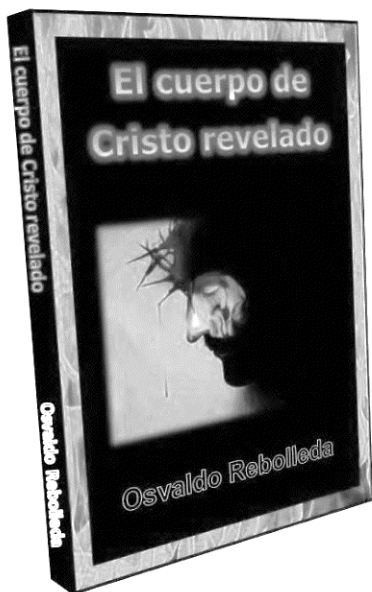
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com



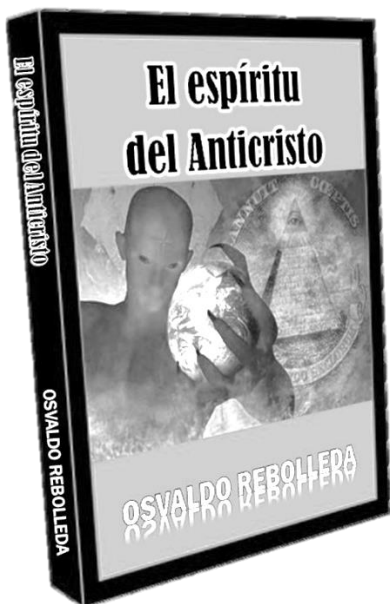
www.osvaldorebolleda.com



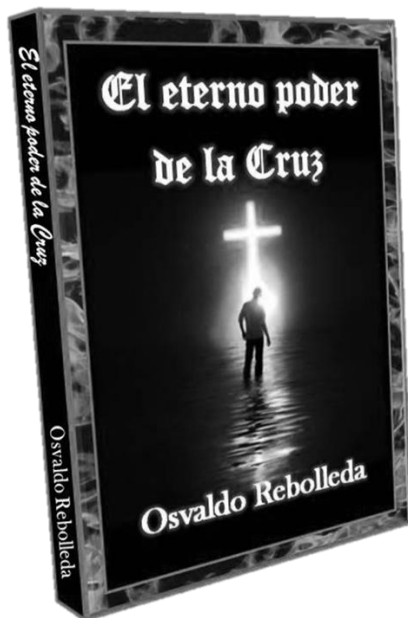
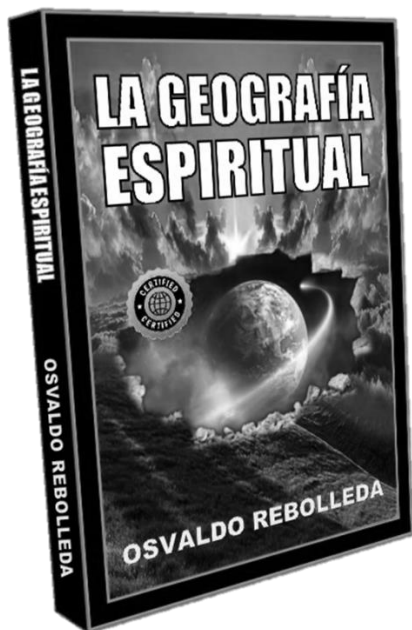


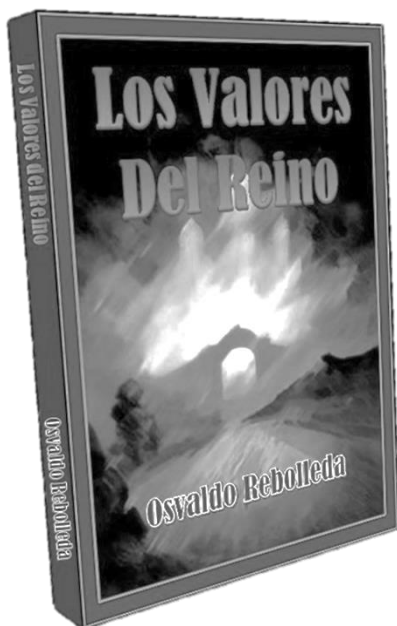
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com

